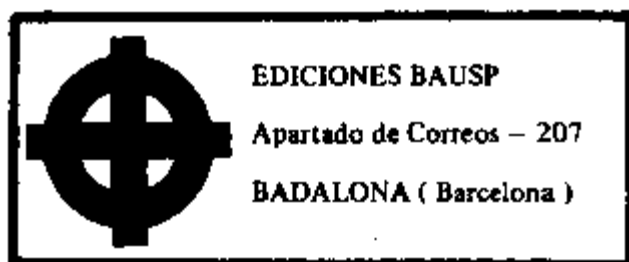


EDICIONES PATROCINADAS POR CEDADE Ap. Correos: 14.010 - BARCELONA (Europa)



Impreso en España - Printed in Spain.

PRIMERA EDICIÓN: Agosto, 1979.

EDICIONES BAU.S.P.

Ap. Correos: 207

BADALONA (Barcelona)

SE RECOMIENDA LA DIFUSIÓN TOTAL O PARCIAL DE LA OBRA SIEMPRE QUE SE CITE LA PROCEDENCIA.

HITLERIANA

Colección de libros básicos acerca de uno de los fenómenos más importantes y menos conocidos de los últimos veinte siglos: EL FENÓMENO NACIONALSOCIALISTA.

— EDICIÓN ESPECIAL RESERVADA —

De la presente edición se han reservado 250 ejemplares, numerados correlativamente del 001 al 250 para nuestros subscriptores permanentes.

Ejemplar número

— HITLERIANA —

* Si desea ser subscriptor de HITLERIANA escriba pidiendo información a:

EDICIONES BAUSP APARTADO DE CORREOS 207 BADALONA (BARCELONA)



ÍNDICE

COLECCIÓN "HITLERIANA" NUM. 3.....	4
INTRODUCCIÓN.....	4
1919-1933.....	5
Adolescencia.—Huérfano.—Privaciones	5
La guerra. — Voluntario. — Herido. — Ciego. La revolución	8
Desde la fundación del partido a la marcha de Munich de 1923.—Proceso, condena y encarcelamiento.....	11
POPULARIDAD.- HAY QUE EMPEZAR DE NUEVO. CRECIENTE DESARROLLO DEL MOVIMIENTO.....	20
Las elecciones para la Presidencia del Reich. La subida al Poder.	26
El Movimiento hitleriano en Austria.—Constantes y magníficos triunfos de Hitler en la política interior y exterior.	28
El Jefe del Estado alemán.—El Tratado de Versalles.....	35
La guerra de España.—Protección al obrero y a la juventud.—El Anschluss.	41
La nueva guerra europea.- Hitler y Franco. El Führer y el Duce.....	42
Hitler en la intimidad.....	45
La guerra de Rusia.....	46
 Ilustración 1. El asilo para hombres de Viena en el que hubo de vivir Hitler algún tiempo por falta de todo medio de sustentación.....	14
Ilustración 2. Carta que el DAP (Deutsche Arbeit Partei) pequeño partido popular alemán, formado por Drexler, Harrer y Feder, escribieron a Hitler, tras la visita que este les hizo, comunicándole que le aceptan como miembro del mismo. Este sería el posterior NSDAP, o Partido Nacionalsocialista.	15
Ilustración 3. La derecha burguesa que traicionó el "putsch" nacionalsocialista. En la foto Von Lossov, Von Kahr y Von Saisser.	15
Ilustración 4. Hitler en la prisión de Landsberg en 1923, tras el fallido "putsch" de Munich, debido a la traición de tres colaboradores de la derecha.	16
Ilustración 5. Hitler habla, en uno de los numerosos mítines públicos en la calle, ante la tumba de un camarada nacionalsocialista asesinado en Berlín por los comunistas.	17
Ilustración 6. Carta del futuro Rey de Inglaterra Eduardo VIII, que nunca llegó a serlo.....	17
Ilustración 7. Una rara fotografía de Hitler en trineo. Las montañas eran lugar especialmente querido y visitado por Hitler en sus momentos cada vez más escasos de descanso.	18
Ilustración 8. Hitler visita al Presidente Hindenburg y le pide el poder total, Hindenburg le ofrece tan solo la Vicepresidencia y el Führer la rechaza. En el automóvil de izquierda a derecha: el Dr. Frick, el prof. Hoffmann y Hitler.	29
Ilustración 9. Hitler dando de comer a otros de sus innumerables amigos, los perros, por los que sentía gran admiración y cariño. Su amor a los animales le llevó a hacerse anticarnívoro o vegetariano, en el sentido espiritual, para evitar la muerte de animales. Las normas y leyes proclamadas en la Alemania Nacionalsocialista no tienen precedentes, que llegaron incluso a la edición de las cartillas de racionamiento para perros en la guerra, comprendiendo las privaciones que suponía para un dueño que quisiera a su animal.	29
Ilustración 10. Hitler inaugurando una de las numerosas obras de reconstrucción nacional. La labor socialista ha dado comienzo, autopistas, puentes, carreteras, pantanos, nuevas y bellas ciudades, industrias, villas campesinas, etc.	30
Ilustración 11. Hitler en una visita al frente de combate, dando de comer a un caballo. Su gran aprecio por los animales demuestra una sensibilidad humana, muy lejana a lo ataques de cólera y de rabia que según "historiadores" le pretenden cuando veía un caballo, que -continúan- mandaba fusilar de inmediato (¡?).....	30
Ilustración 12. Hitler visitando una nave de la Kriegsmarine saluda simpáticamente a la mascota del buque, que cuenta, como animal, entre sus grandes amigos. El Dr. Goebbels a su izquierda.....	31
Ilustración 13. Hitler y Mussolini, durante el viaje del primero a Italia contemplan la Venus de Cánova.....	31
Ilustración 14. Hitler saluda a los familiares de los camaradas víctimas del atentado perpetrado contra él en noviembre de 1939.	31
Ilustración 15. Hitler y Eva Braun en una rara fotografía.....	32

COLECCIÓN "HITLERIANA" NUM. 3

Sobre Adolf Hitler se han escrito cientos de miles de obras. Se han publicado sobre su persona muchos miles más de libros de los que se pueden haber publicado sobre Churchill, Stalin y Roosevelt juntos, durante la guerra sus enemigos principales.

Sin embargo, siguiendo una tradición informativa todavía vigente. Prácticamente ninguna de estas obras ha sido verdaderamente objetiva. Y mucho menos, ha aparecido ninguna, que ni por asomo fuera "a favor" de Hitler o el Nacionalsocialismo.

Del tema Hitler o el Nacionalsocialismo, se ha escrito y dicho de todo, han opinado los comunistas, los capitalistas, los judíos, los demócratas, los negros, los que creen a Hitler un loco. Una premisa les une a todos ellos, son antinazis. Una historia democrática sería la que dejase hablar a "nazis" y "antinazis" frente a frente. Lo que se hace es dejar hablar a muchos, al parecer diferentes, pero del mismo bando, el anti Hitler. Pero hasta ahora, a nadie se le ha ocurrido escuchar la opinión de los nacionalsocialistas sobre Hitler, lo que ellos mismos decían de su movimiento. Seriamente, sin tapujos, reproduciendo documentos de la época. Este libro cubre un hueco importante. Una visión clara y sencilla sobre el fundador del Nacionalsocialismo y genio de nuestro siglo. Su autor, F. Bouhler, era gauleiter del NSDAP. Es decir un nacionalsocialista, que escribió este libro como tal. Evidentemente, se puede alegar que es un libro partidista. Después de leerlo, uno está seguro que como mucho, es menos partidista que los que hasta ahora se han publicado. Es, eso sí, la parte Nacionalsocialista de esa tribuna de la Historia, que siempre intenta evitarla, a la que nunca se deja hablar.

No pretendemos afirmar que es un libro "democrático", es un libro "nazi", evidentemente. Pero si los hasta ahora existentes son todos de un bando, con este tipo de libros, se podrá el lector hacer un juicio imparcial sobre el Movimiento Socialista más importante de la historia, que contó con el total apoyo popular, y al mando del cual, se hallaba el mayor genio de Occidente de los últimos tiempos, muy a pesar de todos.

INTRODUCCIÓN

Es muy difícil, por no decir imposible, comprender la evolución, desarrollo y resurgimiento de la nación alemana en estos últimos años, es decir, desde enero de 1933 hasta nuestros días, sin antes haber conocido y estudiado la vida, la lucha y la obra del genial creador del Tercer Reich, de Adolfo Hitler.

Hasta ahora, en España se han publicado muy pocas obras—todas ellas de autores alemanes y traducidas a nuestro idioma—, y en las que más bien se da a conocer la doctrina nacionalsocialista y no la vida, propiamente dicha, de Hitler. Con el fin de que ésta adquiera la justa divulgación que merece y llegue al alcance de todas las clases sociales españolas, hemos decidido publicar la presente biografía, que pudiéramos denominar "popular".

Ha servido de base a la misma la amena y rápida historia íntima que sobre tan interesante tema ha escrito el colaborador del Führer y jefe de Cancillería, Philipp Bouhler, que hemos ampliado con la introducción de otros documentos que nos han servido de estudio, y que por ser tan numerosos hemos creído oportuno seleccionar. Su autenticidad irrefutable legaliza valiosamente el contenido de las páginas de esta biografía, en la que, por un orden cronológico, damos a conocer la vida, la lucha y la obra del gran genio de Europa.

1919-1933

Antes de comenzar el relato de esta interesante biografía, vamos a exponer rápidamente la situación general de Alemania después del final de la Gran Guerra, situación creada por los distintos Tratados que desmembraron a dicha nación.

El día en que el glorioso y viejo mariscal Hindenburg—después de haber fracasado todas las precedentes combinaciones políticas para formar un Gabinete que pudiera salvar a la nación alemana de la catástrofe en que se hallaba sumida—confió en último término a Adolfo Hitler el encargo de constituir un Gobierno, fué decisivo, no sólo para Alemania, sino para el mundo entero, y más concretamente para Europa.

El desconocido soldado de las trincheras de Yprés, aquel que a través de años de lucha y de sacrificios continuos había sabido de privaciones y padecimientos, y que gracias a su extraordinario genio y a su infatigable actividad llegó a crear un Movimiento nacional alemán que años más tarde habría de contar con millones de fanáticos militantes, saltaba, en virtud de este llamamiento del glorioso mariscal, al alto puesto de jefe del Gobierno, desde el cual se disponía a hacer resurgir una nueva Alemania. Desde 1919 a 1933—catorce años de mal gobierno demócrata—el país había sido conducido al borde del abismo. Alemania se desangraba pagando las deudas de la guerra. La situación económica era desastrosa. El pueblo, desarmado y envilecido, castigado por unos terribles Tratados deshonrosos, se encontraba profundamente empobrecido. En el interior del país reinaba el odio de clases, la lucha de partidos. El separatismo maniobraba insolentemente para desmembrar a la nación. Los Gobiernos de los Lander usurpaban los poderes del Reich. En Berlín, diputados de numerosos partidos discutían estérilmente en el Parlamento con el único fin de encumbrarse a los altos cargos del Estado. Las fábricas cerraban las puertas. Las empresas comerciales fracasaban. Los campesinos veían cómo se les embargaban las bestias en los establos y la cosecha en el campo porque no podían pagar los impuestos atrasados. El espectro del hambre, en 1933, se perfilaba amenazador con siete millones de obreros sin trabajo. La criminalidad aumentaba de forma alarmante. El triunfo del comunismo, con su sistema de terror, habría sido en Alemania cuestión de meses—el constante aumento de votos comunistas en cada elección era el mejor y más claro síntoma—si el nacionalsocialismo no hubiera estado resuelto a conquistar el Poder.

Esta es la herencia que Hitler recibió el 30 de enero de 1933, o sea, un montón de ruinas.

Adolescencia.—Huérfano.—Privaciones

El 20 de abril de 1889 nació Adolfo Hitler en Braunau, sobre el Inn, pequeña aldea de la Austria superior, que en otro tiempo perteneció a Baviera, y situada cerca de los antiguos confines con Alemania.

La misma posición geográfica de la pequeña ciudad natal, a caballo entre los dos Estados, aparece ante Hitler como "el símbolo de una gran obra", la de reunir en una sola nación a todos los alemanes y por la que habría de luchar hasta verla convertida en realidad. Ya de joven, Hitler escribía sobre este particular: "La fusión de los Estados alemán y austríaco se nos presenta, por lo menos a nosotros los jóvenes, como un cometido vital que bien merece realizarse a todo trance. La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alemana. Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común."

En Braunau, poblado de bosques, donde flota todavía el recuerdo de aquel librero Palm, a quien en 1806 Napoleón ordenó fusilar por habersele encontrado un folleto anónimo contra la ocupación francesa de Baviera. pasó Hitler sus primeros años.

Su padre, Alois, hijo de una sencilla familia campesina, era empleado de Aduanas, puesto al que llegó después de duras y penosas luchas. y su deseo era que el hijo fuese también funcionario del Estado. Pero el joven, de temperamento ardiente, no pensaba así.

Debido a su cargo, el padre de Hitler fué trasladado a Passau, y luego a Linz, donde acabó por jubilarse cuando contaba cincuenta y seis años. Pero no resignándose a estar desocupado, adquirió en los alrededores de Lambach una pequeña propiedad agrícola, que administró personalmente, volviendo de esta forma, después de una penosa y trabajadora vida, a la actividad de sus antepasados.

"En aquel tiempo- escribe Hitler—se formaron en mi los primeros ideales. Mis ajeteos infantiles al

aire libre, el largo paseo hasta la escuela y la compañía de robustos y audaces muchachos—esto molestaba mucho a mi madre—, no era ciertamente lo más adecuado para hacer de mi un hombre de oficina. Y si todavía en aquel tiempo no pensaba en mi futura carrera, mis aspiraciones no tenían, desde luego, la misma dirección que las de mi padre. Creo, sin embargo, que ya en aquel tiempo mis facultades oratorias iban revelándose en discusiones más o menos violentas que sostenía con mis compañeros. Me convertí en un pequeño caudillo, que aprendía bien y con facilidad en la escuela, pero era para el resto del pueblo muy difícil de manejar.

Como frecuentaba en las horas libres las lecciones de canto de la Abadía de Lambach, tenía asimismo a menudo la oportunidad de exaltarme en la fastuosidad solemne de aquellas espléndidas fiestas eclesiásticas. ¿Qué cosa más natural, por entonces, que el señor abate se presentara ante mis ojos como el símbolo de todo ideal de vida, si antes le había ocurrido lo mismo a mi padre con el pequeño cura de la aldea? Esta era la verdad. Pero del mismo modo que mi padre no sabía apreciar las facultades oratorias de su batallador vástago, y aún menos sacar de ello conclusiones favorables para su porvenir, tampoco llegaba a comprender este otro ideal juvenil. Muy preocupado observaba él aquellos contrastes de la naturaleza de su hijo.

Por primera vez en mi vida, y cuando sólo tenía trece años, me coloqué en la oposición. Por muy obstinado que fuese el padre en la realización de sus planes, no lo era menos su hijo en rechazar un pensamiento y un ideal que no le conviniesen o le conviniesen poco.

Yo no quería ser empleado. Ni persuasiones ni severas amenazas pudieron reducir semejante resistencia. Yo no quería ser empleado ¡nunca!, ¡jamás! Todas las tentativas de despertar en mí simpatías o gusto por tal carrera, mediante la descripción maravillosa de la misma, obtenían siempre un resultado negativo.

Sentía fastidio y me atormentaba la idea de tenerme que encerrar en un despacho, sometido a un horario, no ser dueño de mi tiempo y, por consiguiente, tener que aplastar mi vida llenando formularios y pliegos. Mi decisión era irrevocable.

Pero la situación empeoró cuando al plan de mi padre opuse uno mío. Cómo sucedió, no lo sé aún hoy; pero lo cierto es que un día hablé claramente, diciendo que quería ser pintor. Mi vocación y facilidad para la pintura estaban fuera de duda. Fué éste el motivo por el que mi padre me mandó a la Escuela técnica. Pero nunca habría pensado él en que me instruyesen profesionalmente en el arte de la pintura. Des pues de haber rechazado varias veces la idea paterna, me preguntaron qué oficio prefería para mi futura vida. Yo respondí dejando escapar aquella decisión, que ya se había madurado en mí. A ello contestó extrañado mi padre:

—¿Pintor? ¿Pintor de arte?

Dudó y creyó haber en tendido mal, haber oído mal. Pero después que hube aclarado y ratificado tal deseo, me increpó furiosamente y no quiso tomar en cuenta mis claras disposiciones para la pintura.

—¡Pintor, nunca, mientras yo viva! ¿Jamás!

dijo.

Pero como su hijo, entre otras cualidades, había heredado la misma obstinación del padre, contestó de forma parecida en el sentido de ser pintor.

Permanecimos los dos contendientes en nuestras respectivas posiciones. El, siempre en su puesto, y yo, atrincherado en el mío, a despecho de todo."

En la biblioteca de su padre había varios libros, entre ellos uno de la guerra franco-prusiana de 1870-71, del que Hitler hizo su lectura predilecta. Fué desde entonces cuando nació en él un gran entusiasmo por todo lo que se relaciona con la guerra o con las cosas militares. En la escuela se distinguió en la geografía, y sobre todo en la historia universal, en la que era el más aventajado de la clase. A los doce años asistió por primera vez a una representación de *Guillermo Tell*, y unos meses después, a la de la primera ópera: *Lohengrin*.

Tenía Hitler trece años cuando el espectro de la muerte hizo su aparición en la familia, privándoles de su jefe, del padre.

"A los trece años— nos cuenta Hitler—yo per-dí repentinamente a mi padre. Un ataque de apoplejía abatió a aquel robusto hombre y terminó tan dolorosamente con su existencia terrenal, dejándonos a todos nosotros sumidos en el más profundo dolor. De este modo no pudo ver concluido su deseo por el que tanto había luchado, el de dar la carrera de empleado a su hijo.

En un principio nada pareció cambiar. Mi madre— Clara Pölzl—se sentía obligada a seguir nuestra educación, según el deseo de mi padre. Por lo que a mi se refiere, tuve que continuar los estudios preparatorios para la carrera burocrática. Yo continuaba decidido a no ser empleado de ningún modo, y cada vez se alejaba más de mi el ideal de la escuela media.

Una enfermedad repentina vino en mi ayuda y decidió en pocas semanas mi porvenir, poniendo fin al largo conflicto. Una grave afección pulmonar aconsejó al médico que me asistió proponer a mi madre que de ninguna manera hiciese yo vida de oficina. Por esta misma razón, la asistencia técnica debía ser suspendida, por lo menos durante un año. Lo que había deseado en silencio durante tanto tiempo, por lo que siempre había luchado y reñido con mis padres, era ya una realidad, gracias a la repentina enfermedad.

Dejé de ir a la escuela media y frecuenté la Academia. Fueron estos días para mí tan afortunados, que hoy todavía los recuerdo como un maravilloso sueño. Y no fueron, en efecto, más que un sueño. Dos años más tarde, la muerte de mi madre señaló el improvisado y desgraciado fin de aquellos bellos planes. Su muerte fué el desenlace fatal de una larga y dolorosa enfermedad, que desde un principio no había dado esperanzas de salvación. Este segundo golpe me afectó profundamente. A mi padre le veneré; pero por mi madre había sentido adoración."

En la edad en la que la vida se ve aún de color de rosa, a los diecisiete años, se encontró Adolfo Hitler solo en el mundo. Su juventud, unas pocas monedas en el bolsillo y una gran fe en su porvenir, constituyen su bagaje. Decide marchar a Viena.

Sobre su permanencia en esta ciudad, el propio Hitler nos dice:

"Quería ser arquitecto, y como las dificultades no se dan para capitular ante ellas, sino para ser vencidas, mi propósito fué vencerlas teniendo presente el ejemplo de mi padre, que de humilde muchacho aldeano logró hacerse un día funcionario del Estado. Viena, la ciudad que para muchos simboliza la alegría, significa para mí la desgracia. Su nombre sólo me evoca grises pensamientos. Cinco años de miseria y de desolación; cinco años durante los cuales tuve que ganarme el pan como obrero advenedizo, y más tarde, como mísero pintor; un pan escaso que no bastaba nunca para quitarme el hambre. El hambre fué en aquel tiempo mi fiel compañera, que no me abandonaba, que dividía conmigo todas las cosas. Cada libro que compraba era un colaborador de mi falta de alimento; una velada en la ópera le confería el derecho de acompañarme después por varios días. Mi existencia era una lucha continua contra este despiadado enemigo. Y, sin embargo, en aquellos años aprendí más de lo que hasta entonces sabía. Además de la arquitectura y de alguna función en la ópera, pagada con una economía que repercutía inmediatamente en el estómago, mi única alegría eran los libros. Debo a aquellos tiempos mi dura resistencia de hoy y la inflexibilidad de mi carácter."

En Linz había frecuentado la Escuela elemental y después los cursos técnicos. Pero para ganar el pan en la capital austríaca, donde esperaba hacerse arquitecto, se vió obligado a trabajar como albañil, cementista y, más tarde, como dibujante y pintor para arquitectos. Sólo, sin ningún apoyo, sabe por experiencia lo que significan la necesidad, la pobreza, el hambre, las privaciones. Conoce los sufrimientos y necesidades del obrero, del proletario, que, despreciado y explotado por todos, se vela obligado a vivir con la mísera paga en la misma ciudad donde, en los distritos elegantes, la burguesía y la aristocracia derrochaban con la misma facilidad dinero y sonrisas, palabras y tiempo.

En el cotidiano contacto del trabajo, viviendo codo con codo con el obrero, se forman en él los primeros elementos de su concepción social.

El pueblo languidecía en la miseria, olvidado por los gobernantes y recordado solamente, si era necesario su concurso, en unas elecciones o para hacerle escudo en éstas como defensa "de la libertad y del trabajo". El proletariado veía en las clases ricas y acaudaladas unos usurpadores, y en el Estado, un enemigo, y por ello creía en el verbo de Marx.

Hitler comprendió toda la maldad y ruindad de la falaz doctrina marxista, y fué entonces cuando pensó unir el nacionalismo con el socialismo, dos términos que pueden parecer antitéticos, pero que, sin embargo, se compenetran.

Trabaja como obrero y se ocupa de política. Dos personalidades le entusiasman: Schönerer jefe del pangermanismo austríaco, y Lueger, burgomaestre de Viena y fundador del partido cristiano-social. Y estudia los movimientos políticos de ambos, sacando de este estudio magníficas enseñanzas.

Del atento y profundo estudio de la disgregadora e inmoral doctrina del judío Marx, extrajo el convencimiento completo de que "sólo el conocimiento del judaísmo ofrece la clave para comprender los profundos y verdaderos fines de la social-democracia".

Conocedor del programa marxista y de los medios para realizarlo y viviendo en contacto, en el tajo, con los socialistas, tuvo bien pronto conflictos con éstos y rechazó el inscribirse en los Sindicatos rojos cuando sus compañeros de trabajo se lo propusieron.

En aquel tiempo no veía todavía Hitler en la concepción sindical la legítima tutela de las clases obreras contra los abusos de los patronos; él advertía solamente que la dirección política de los Sindicatos era marxista y, por lo tanto, identificaba el concepto del Sindicato con aquel del marxismo, en el cual reconoció desde entonces al destructor de toda civilización y al enemigo del género humano.

Sus compañeros de trabajo tomaron represalias por la actitud hostil de Hitler, amenazándole e incluso intentaron tirarle desde un andamio cuando se hallaba trabajando. Y por fin, consiguieron que fuese despedido del lugar en que diariamente trabajaba para ganarse el sustento.

No obstante tantos sufrimientos, privaciones y angustias, Hitler comprendió, estudiando la organización y los fines de los adversarios, que el trabajador alemán no estaba definitivamente perdido y que conservaba intacto en el corazón el concepto de la Patria; era sólo la víctima inconsciente de pérfidos consejeros y de turbios intrigantes.

Durante su permanencia en Viena asistió a las sesiones del Parlamento, y fué entonces cuando nació en él su odio al sistema parlamentario.

El reclamo de la Patria alemana estaba siempre vivo en su corazón. Después de la amarga pero al mismo tiempo magnífica experiencia de los duros años de Viena, Hitler se traslada en la primavera de 1912 a Munich, donde podrá vivir como alemán! en tierra alemana, libre de todas las opresiones a las que estaban sometidos los alemanes en aquella Babel de razas y pueblos que representaba la Austria de la monarquía de los Habsburgos. Pocos días después de haber cumplido los veintitrés años, el 24 de abril de 1912, ya se encontraba en la capital de la Baviera, que era el centro artístico y cultural de Alemania.

Hitler espera llegar a ser un día arquitecto. Se dedica con todas sus energías al estudio de la arquitectura, al mismo tiempo que para ganarse lo necesario para vivir pinta carteles publicitarios. El tiempo libre de que dispone lo emplea en instruirse y en aumentar sus conocimientos. Lee y estudia, especialmente obras de Historia y libros que tratan de diferentes problemas sociales.

Para adquirir una entrada del teatro, adonde asistía para apagar su pasión por la música se quita materialmente el pan de la boca. Le entusiasman las composiciones musicales del gran artista alemán, de aquel reformador formidable que fué Ricardo Wagner.

En estos años de privaciones, de trabajo y de estudios, Hitler echó los cimientos de la sólida cultura que maravilla hoy en día a todos los que tienen ocasión de hablar con él. Hitler siente gran cariño por Munich. Así, escribe: "Tengo predilección por Munich como por ningún otro lugar del mundo, porque sin duda esta ciudad está indisolublemente ligada a la evolución de mi propia vida."

La guerra. — Voluntario. — Herido. — Ciego. La revolución

En plena adolescencia Hitler se lamenta de haber nacido en una época en que los templos de la gloria se reservaban para los comerciantes y los funcionarios. Según él, pronto los Estados se convertirían en vastas empresas y el mundo en un amplio almacén, en cuyos vestíbulos se encontrarían solamente las efigies de los empleados de las empresas, como únicos símbolos de inmortalidad, junto a las de los refinados especuladores y estafadores más desvergonzados. Todo sería permitido menos la violencia. Los ingleses harían de vendedores, los alemanes de administradores y los judíos, naturalmente, de propietarios. "¿Por qué no nací—se pregunta Hitler—en la época de las guerras de la independencia?" Se asfixia en ese ambiente del mercantilismo. Pero surgen en el mundo hechos que alivian su desasosiego. La guerra contra los "boers", la ruso-japonesa de 1904, en la que Hitler es partidario de los japoneses, porque el desastre ruso constituiría el de la raza eslava. Y el 2 de agosto de 1914 brota en Sarajevo la chispa que ha de incendiar el mundo. El archiduque Francisco Fernando, el más grande amigo de los eslavos, cayó bajo el plomo de un fanático eslavo. El genio de la raza se ha vengado. Estalla la guerra y el pueblo alemán está inflamado por un fuego sacro. La juventud alemana, en olas de entusiasmo desbordante, corre a enrolarse voluntariamente.

Hitler no duda un momento. Se había sentido siempre profundamente alemán y ante el peligro que amenaza a su Patria se alista como voluntario, siendo enviado al 16 regimiento de Infantería de Reserva bávaro. Aun cuando era ciudadano austríaco, su instancia fué aceptada con facilidad, porque en febrero de este mismo año había sido dispensado de cumplir el servicio militar en Austria.

"También mi posición personal — nos dice Hitler—, por lo que se refiere al conflicto, era clara y sencilla: Ante mis ojos Austria no combatía por obtener una satisfacción de los servios, pero era Alemania quien combatía por su existencia, su libertad y su porvenir. Yo no quería luchar por el Estado de los Habsburgos, pero estaba dispuesto a morir pronto por mi pueblo, por Alemania.

Por lo tanto, el 3 de agosto elevé una instancia urgente a S. M. el Rey Luis III con el ruego de que me permitiera enrolar en un regimiento bávaro. A pesar de que en aquellos días, como es lógico, la Cancillería Real tenía mucho trabajo, fué grande mi sorpresa cuando recibí al día siguiente la autorización para incorporarme como voluntario. Cuando abrí con manos trémulas la carta y leí la aceptación a mi demanda y la orden de presentarme en un regimiento bávaro, mi júbilo, mi alegría y reconocimiento de gratitud no tuvieron límites. Pocos días después vestía el uniforme militar, que no debía quitarme hasta pasados unos años.

Por fin, llegó el día en que dejamos Munich, es decir, la retaguardia, para ir a cumplir con nuestro deber en el campo de batalla. Vi entonces por vez primera el Rhin, a lo largo de cuyas tranquilas aguas nosotros nos acercábamos al enemigo para defender el curso de este río tan germano de la codicia del enemigo secular.

Cuando a través del delicado velo de la niebla matutina los primeros rayos de sol iluminaron el monumento a Niederwald, se oyó una canción en el larguísimo convoy militar, la canción de la "Guardia del Rhin". Parecía que en aquel sublime momento mi pecho fuese demasiado pequeño...

Después llegó una húmeda y fría noche en Flandes, por donde nosotros marchábamos en silencio. Cuando empezaban a disiparse las primeras brumas de la mañana, un saludo de hierro silbante sobre nuestras cabezas fué el primer y repentino recibimiento que nos dispensaron los enemigos. Las balas del adversario caían incesantes sobre nuestras filas, azotando el terreno empantanado. Y antes que las ligeras nubecillas se disiparan en el cielo, respondimos con nuestro primer ¡Hurra! a aquel mensaje de la muerte. Después comenzaron en torno a nosotros los fuertes estallidos, las sólidas detonaciones, y nos sentimos atraídos, con los ojos febriles, por los avances, cada vez más rápidos, hasta que se empeñó la pugna, una lucha de hombres contra hombres.

Desde muy lejos llegaban hasta nuestro oído los ecos de una canción, se acercaban, pasaban de compañías a compañías, y de esta forma, mientras la muerte comenzó a enfrentarse contra nosotros, aquella canción llegó hasta nuestras filas y también nosotros la entonamos, transmitiéndola asimismo a otras fuerzas: "Alemania sobre todo, sobre todo en el mundo."

Es muy posible que los voluntarios del regimiento Liest aún no hubiesen aprendido a combatir, pero morir sí que sabían y morían como viejos soldados. Y así pasó un año; después otro. Pero el romanticismo de la guerra había sido reemplazado por el horror. La exaltación cedía gradualmente y el júbilo inicial era absorbido por el miedo a la muerte. Hubo un tiempo en el que cada uno luchó entre el instinto de conservación y el imperativo del cumplimiento del deber. Tampoco yo quedé exento de esta lucha. Cada vez que nos acechaba la muerte, algo impreciso intentaba rebelarse en el individuo, esforzándose por presentarse ante la debilidad humana como la voz de la razón, cuando no era más que la de la cobardía, que disfrazada con aquel manto quería apoderarse de cada uno de nosotros. Y comenzaba así una lucha interior. Sólo una viril reacción lograba dominarla. Cuanto más bullía la voz que aconsejaba prudencia, más fuerte y clara se hacía la resistencia, hasta que el sentido del deber obtenía la victoria. Ya en el invierno de 1915-1916 había yo resuelto el problema: La entereza y la fuerza de voluntad habían vencido. Pero si en los primeros días me lancé jubiloso y riendo al asalto, ahora mi estado de ánimo era sereno y resuelto. Ya podía someternos el destino a las más duras pruebas, sin que los nervios se quebrantasen o perdiéramos la razón. ¡El joven voluntario de guerra era ya un veterano!"

En el asalto de Bayernwald y en otros muchos sangrientos combates cerca de Wytschaete, Hitler se distingue por su gran valor y sangre fría. Para premiar al soldado valeroso, que todo lo daba a la Patria sin pedir nada, le fué concedida el 2 de diciembre de 1914 la Cruz de Hierro de segunda clase.

Fué escogido en seguida como enlace, cometido éste que requiere hombres fieles y decididos y que se confía solamente a los mejores soldados. Sus jefes y sus compañeros de armas, sin distinción de ideas políticas y sin excepción alguna, ponen de relieve su conducta ejemplar, su valor y su camaradería.

Hitler sustituyó más de una vez en el cometido de peligrosos y difíciles servicios a varios padres de familia. El 6 de octubre de 1916 fué herido por unos trozos de metralla de una granada, que le alcanzaron la pierna, siendo trasladado a un hospital. Pero no repuesto todavía de la herida sale del hospital en marzo de 1917 para volver a combatir de nuevo en el frente. Su arrojo no tiene límite. Es

repetidamente felicitado por el valor demostrado, y durante la gran ofensiva de 1918 se le concede la Cruz de Hierro de primera clase por haber hecho prisioneros, cuando llevaba un despacho, a un oficial y 15 soldados franceses, y es ascendido al inmediato grado de cabo.

La noche del 14 de octubre de 1918 las fuerzas a las que pertenecía Hitler fueron alcanzadas en el frente de Yprés por el fuego directo y continuo de la artillería inglesa, que por primera vez utilizaba el gas conocido por el nombre de "Cruz amarilla" y que después había de tomar el de "iperita", debido a la localidad en que fué empleado.

Las pérdidas fueron grandes. Hitler resultó alcanzado por el gas mientras llevaba un parte. Sintió de repente un fuerte y ardiente dolor en los ojos y la vista se le nubló. Con un supremo esfuerzo logró llegar hasta el puesto de mando, donde entregó el parte que se le había confiado. Después cayó al suelo. Se le trasladó al hospital. Estaba ciego.

Sobre este particular escribe Hitler: "En la noche del 13 al 14 de octubre de 1918, un ataque de gas inglés partió del frente meridional de Yprés; un tipo "cruz amarilla" era usado y cuyos efectos desconocíamos, ya que todavía no los habíamos sentido en nuestros cuerpos. Yo los hube de experimentar en este mismo día. En la tarde del 13 nosotros éramos alcanzados. en lo alto de una colina al sur de Wervik, por un fuego concentrado de granadas de gas que duró muchas horas y continuó toda la noche. Las consecuencias fueron fatales. Muchos compañeros nos abandonaron, algunos de ellos para siempre. A la mañana siguiente un fuerte dolor se apoderó de mí y aumentaba constantemente. A las siete de la mañana, tropezando y tambaleándome, llevé aún mi último parte del campo de batalla. Después caí al suelo. Me retiraron a las líneas de retaguardia, llevándome conmigo la última marca de la guerra.

Algunas horas más tarde mis ojos se habían convertido en dos carbones ardientes y no veía nada. Fué de esta forma como llegué al hospital de Pasewalk, en Pomerania, y fué allí donde me tocó vivir la revolución.

Desde hacía ya algún tiempo flotaba en la atmósfera algo impreciso pero al mismo tiempo molesto y raro. Se decía que en las próximas semanas estallaría "aquello", sin que yo lograra alcanzar de qué se trataba. Pensé en un primer momento que sería una huelga semejante a la de las fábricas de municiones declarada en la primavera. Noticias cada vez más desfavorables llegaban de los círculos de la Marina, donde se decía que fermentaban los ánimos. Pero también esto me parecía más bien un producto de la fantasía de unos cuantos malos sujetos y no de algo que interesase a grandes masas. Ciertamente es que en el hospital todos hablaban de un rápido fin de la guerra, pero nadie pensaba que pudiese ser inmediato. La falta de vista no me permitía leer los periódicos.

En noviembre aumentó todavía más la efervescencia general. Y después, un hermoso día, inesperadamente, irrumpió la catástrofe. Llegaron unos marinos montados en camiones y nos incitaron a la revolución; unos jóvenes judíos eran los conductores de esta lucha por la "libertad y la dignidad" de la existencia de nuestro pueblo. Ninguno de ellos había estado en el frente. Después del cómodo trámite de un hospital por "sifilíticos", aquellos jóvenes judíos habían sido reservados para la "etapa final en el interior". Y ahora portaban unos trapos rojos.

En los últimos tiempos mi salud había mejorado. El punzante dolor de las órbitas de los ojos comenzó a ceder y ya me permitía distinguir lentamente y de nuevo los objetos. Podía ya confiar en mi mejoría hasta el punto de tomar más tarde una profesión. Sin embargo, ya no podría pintar. De todos modos, mi salud mejoraba cuando ocurrió este horrendo acto.

Mi primera esperanza fué que solamente se trataba de un movimiento más o menos local. Traté de hacer comprender a algún compañero mío que no era nada más que eso, un movimiento limitado. Especialmente mis compatriotas bávaros eran más sensibles que los demás a mis palabras. El estado de ánimo de todos era antirrevolucionario. Nunca llegué a imaginarme que también en Munich la multitud pudiera seguir este movimiento. La fidelidad hacia la dinastía bávara me parecía más sólida que la voluntad de cualquier judío. Por ello estaba convencido de que únicamente se trataba de una sublevación de la Marina, que sería sofocada en unos días.

Después vinieron los días siguientes y con ellos la más terrible certeza de mi vida. Las noticias eran cada vez más deprimentes. Lo que yo había considerado un motín local era exactamente una revolución general. En este mismo tiempo llegaban del frente las más vergonzosas noticias. Se quería capitular."

Mientras tanto, la revolución proyectaba sus sombras amenazadoras. Al mismo tiempo que el Ejército alemán combatía valerosa y esforzadamente en todos los frentes por la existencia de su Patria,

en el interior, donde muchos burgueses estaban emboscados malgastando el dinero, era cada día mayor la descomposición, que lentamente se propagaba de manera amenazadora al frente.

La revuelta de los marineros de Kiel fué el preludio del drama que sobrevino el 9 de noviembre, día en el que no sólo se derrumba la constitución monárquica de Alemania, sino también todo lo que representa el patrimonio más sacro de un pueblo: fe, patria, orden, moral.

El 10 de noviembre de 1918 el pastor del hospital de Pasewalk dirigió unas palabras a los enfermos y fué cuando todos ellos se enteraron de lo que ocurría. En su estancia, Hitler recibió la triste y dolorosa noticia. Los tremendos dolores físicos se habían calmado poco a poco y sus ojos ciegos recobraban nuevamente el don de la luz. Pero su ánimo estaba irritado y herido por un dolor sin esperanza.

Alemania, la patria, se hundía lenta e inexorablemente en los abismos del caos por la renuncia y la descomposición interior. Y al pensar en la patria vencida y traicionada, Hitler llora. Más tarde, recordando la profunda impresión de aquellos días, escribe:

"Desde el día en que estuve ante la tumba de mi madre no había llorado jamás. Todo había sido, por consiguiente, vano. Inútiles los sacrificios y las privaciones, el hambre y la sed soportados durante meses interminables; inútiles las horas en que nosotros, atenazados por el horror a la muerte, habíamos cumplido con nuestro deber, e inútil la muerte de dos millones de soldados. ¿No debían descubrirse las tumbas de los centenares de miles de soldados que un día, teniendo fe en la Patria, habían partido a combatir en un viaje sin regreso? ¿No debían levantarse las tumbas—para enviarlos de nuevo a la Patria como espíritus reivindicadores—de todos los seres anónimos, enfangados y ensangrentados, que habían sido de esta forma ignominiosamente engañados y defraudados ante el más noble sacrificio que un hombre puede ofrecer en este mundo a su pueblo? ¿Para esto habían muerto los soldados de agosto y septiembre del 14? ¿Para ello en el otoño del mismo año los regimientos de voluntarios habían seguido en el sacrificio a los viejos camaradas? ¿Para ello habían caído en tierras de Flandes tantos adolescentes de diecisiete años? ¿Era éste el significado del sacrificio que la madre alemana había ofrecido a la Patria cuando, con el corazón dolorido, dejaba partir a sus queridísimos hijos para no verlos ya más? ¿Y todo ello ocurrió para que un grupo de miserables se apoderase de la Patria?"

Nació entonces en Hitler un odio implacable contra los promotores de este criminal delito y al mismo tiempo se reveló en él la misión que el Destino le tenía reservado.

Desde aquel día Hitler decide consagrarse a la política.

Desde la fundación del partido a la marcha de Munich de 1923.—Proceso, condena y encarcelamiento

En el verano de 1919 seis hombres habían acordado en Munich fundar un nuevo partido con el nombre de "Deutsche Arbeiter-Partei" (Partido Obrero Alemán). Ellos se proponían —si bien de una manera vaga y no definida— oponer un partido nacional a los partidos obreros marxistas, y estaban animados por la mejor buena voluntad; pero privados de todo recurso material y sobre todo de una mente directiva, no se encontraban en condiciones de realizar sus propias aspiraciones.

Quizás la Historia habría ignorado completamente la existencia de este partido fundado por seis hombres si el destino no les hubiese dado como séptimo miembro a aquél que un día habría de ser Führer.

A fines de noviembre de 1918 Hitler se había incorporado de nuevo a su batallón. Mas disgustado por el régimen de los "consejos de soldados" que imperaba en todos los regimientos, se traslada con un amigo suyo a Traunstein, donde permanece hasta la disolución del campamento. A su regreso a Munich, en marzo de 1919, era instaurado en la capital bávara el régimen comunista.

El 27 de abril del mismo año el Comité central revolucionario ordena la detención de Hitler porque su conducta era sospechosa y se le acusaba de "manejos contrarrevolucionarios". Pero cuando se dirigieron a arrestarle, los tres guardias rojos no tuvieron el suficiente, valor para cumplir la orden ante la decisión y la carabina preparada de Hitler.

Poco después del 1 de mayo, Hitler era llamado para formar parte de la Comisión de encuesta sobre los hechos revolucionarios habidos en el 2.º Regimiento de Infantería. Con este cargo inicia Hitler prácticamente su actividad política. Se establecen en seguida unos cursos especiales para contrarrestar las teorías marxistas y para reeducar en la Patria a los pertenecientes al Ejército. Y fué con motivo de estos cursos cuando Hitler tuvo la oportunidad de tomar la palabra en una discusión para rechazar los

argumentos que alguien expuso en favor de los judíos. Y habló tan bien, que llegó a convencer completamente hasta a los contradictores. Días más tarde es trasladado, como recompensa a su capacidad cultural, en calidad de "oficial instructor" a uno de los regimientos de guarnición en Munich.

Cierto día sus superiores encargan a Hitler que recoja noticias sobre el Partido Obrero Alemán, todavía completamente desconocido. Con este motivo asistió a una reunión que dicho partido celebraba en la cervecería Sternecker, donde se encontraban presentes unas veinte personas.

Cuando la reunión llegaba al final, las declaraciones de un separatista que tomó la palabra para criticar los fundamentos de la tesis de Feder—era éste un gran economista que luego llegó a tener un importante puesto en el nacionalsocialismo—, acabando, después de una enérgica réplica de Feder, por situarse en el "terreno de las realidades" y recomendar al partido la lucha de Baviera para su "separación" de Prusia, obligaron a Hitler a refutar tales argumentos, y lo hizo de tal forma, que llegó a producir una visible impresión en el auditorio.

Terminada la reunión, uno de los asistentes, el cerrajero Drechsler, le entregó un folleto titulado "Mi despertar político", del que era autor.

Hitler se retiró a dormir. Por este tiempo ocupaba una pequeña habitación en el cuartel del 2.º Regimiento de Infantería, donde sólo dormía. Tenía la costumbre de levantarse a las cinco de la mañana, y le causaba gran alegría contemplar los pájaros comiendo las migas de pan que había desparramado por su habitación. Al recordar que él también había pasado hambre sentía satisfacción por repartir su pan con las pequeñas aves.

Al día siguiente se levantó a la hora de siempre y se acordó del folleto que le habían entregado la noche anterior. Lo leyó detenidamente. Una semana después recibía Tina tarjeta en la que se hacía constar que había sido admitido como miembro en el nuevo partido. Hitler se sintió ciertamente asombrado por esta forma de "ganar" prosélitos y no supo si tal procedimiento debía causarle enfado o hilaridad. Por fin, decide asistir a la reunión del miércoles, a la que había sido invitado. Son seis los asistentes. Después de llegar el presidente se lee el acta de la sesión anterior. El tesorero da cuenta del estado de la caja, 7,50 marcos en total. Y se pasa seguidamente a la discusión del ingreso de nuevos miembros del partido, es decir, se discute el caso Hitler. Este pide un programa, pero no se le puede dar por no haber ninguno impreso.

Hitler, que desde hacía mucho tiempo tenía en su ánimo la intención de fundar un partido social-revolucionario, aceptó, después de una larga e íntima lucha, ingresar en el partido, porque veía en él, a pesar de no contar con programa ni medios, una pequeña base sobre la cual poder iniciar el trabajo para concretar y realizar las propias ideas.

Y se inicia la lucha para la afirmación de tales ideas. En principio las mayores dificultades consistían en conseguir atraer la atención del público sobre el nuevo partido ignorado y desconocido por todos. Fué una tarea muy lenta y difícil.

Mientras a las primeras reuniones asistieron sólo los siete miembros del partido—a Hitler se le había entregado un carnet provisional de afiliado con el número 7—, en las sucesivas, por medio de una propaganda desarrollada con escasísimos recursos, el número de asistentes fué mayor. Once, después trece, diecisiete, veintitrés, treinta y cuatro y una tarde llegaron a reunirse hasta ¡ciento once! personas. En esta última reunión habló Hitler por primera vez ante el público. Y al final pudo convencerse que aquello que hasta entonces no había hecho más que presentir era una realidad: sabía hablar. Después de media hora de discurso, el auditorio, o sea las ciento once personas, prorrumpió electrizado en grandes aclamaciones y su llamamiento a la generosidad produjo trescientos marcos.

A partir de aquel día Hitler habló en todas las sucesivas reuniones, poniéndose de relieve sus facultades oratorias. Pide a la dirección del partido que le sea confiada la propaganda. Al hacer esta petición Hitler lo hace sabiendo que la propaganda es la tarea más importante del momento. La propaganda debía preceder a la organización y ganar en favor de ésta el material humano necesario a su actividad. "El cometido de la propaganda—nos dice Hitler— consiste en reclutar adeptos... La propaganda tendrá que laborar incesantemente a fin de ganar simpatizantes... La propaganda orienta a la opinión pública en el sentido de una determinada idea y la prepara para la hora del triunfo... El triunfo de una idea será posible tanto más pronto cuanto más vastamente haya obrado en la opinión pública la acción de la propaganda." Hitler, que había sacado de la propaganda de guerra del 11 al 18 magníficas enseñanzas, comprende que para el mayor y más rápido desenvolvimiento del partido hay que realizar una eficaz labor propagandista. Y decide intensificar las reuniones del partido.

El 28 de junio de 1919 se había firmado en Versalles el Tratado de Paz que desmembró a

Alemania, dividiéndola en dos pedazos, imponiéndole cláusulas militares humillantes y obligaciones económicas monstruosas. Nace entonces en Hitler el deseo de luchar hasta conseguir romper las trabas de tan vergonzoso Tratado.

El 24 de febrero de 1920 tiene lugar el primer gran comido popular en el que Hitler expone las ideas, la función y los fines del N. S. D. A. P. (National-sozialistische Deutscher Arbeiter-Partei), es decir, el Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán, creado sobre las bases del Partido Obrero Alemán. Asistieron a esta reunión veinticinco mil personas y se leyeron los veinticinco puntos del partido, que constituyen el evangelio nacionalsocialista.

Los rojos se daban cuenta de que el nuevo movimiento tomaba gran preponderancia entre los trabajadores alemanes y trataron de perturbar la reunión. Pero un grupo de viejos compañeros de trinchera de Hitler impidió que el intento de aquéllos se llevara a cabo, arrojándoles violentamente del local.

De esta forma y por vez primera se afirmó el concepto de Hitler de que el terrorismo marxista no debe ser solamente atacado con las "armas espirituales", sino también, si es necesario, con la fuerza de los músculos.

Desde aquel día y semanalmente en las fachadas de las casas y edificios de Munich, así como en camiones que recorren la ciudad pueden leerse unos grandes manifiestos pintados de color rojo en los que se invita al pueblo a las reuniones del N. S. D. A. P. para escuchar la voz de Adolfo Hitler. Los manifiestos, que decían con grandes caracteres "prohibida la entrada a los judíos", estaban redactados personalmente por Hitler y afrontaban todos los principales (problemas políticos y sociales del día.

En el verano de 1920 los miembros nacionalsocialistas lucen su bandera de la cruz gamada. Hitler, después de innumerables ensayos, logró precisar de forma definitiva el estandarte del partido. Correspondía admirablemente a la índole del naciente Movimiento: jóvenes y nuevos eran ambos. Hitler mismo nos explica por qué eligió este símbolo: "Como socialistas nacionales, vemos en nuestra bandera nuestro programa. En el rojo, la idea social del movimiento; en el blanco, la idea nacionalista, y en la svástica, la misión de luchar por la victoria del hombre ario y al mismo tiempo por el triunfo de la idea del trabajo productivo, idea que es y será antisemita." La svástica es la vieja insignia de las razas del Norte.

En diciembre de 1920 el partido adquirió el "Voelkischer Beobachter" (Observador del Pueblo), teniendo así un periódico propio. Primeramente se publicó una vez a la semana; después, a principios de 1923, diariamente, apareciendo desde agosto del mismo año con su actual formato.

Hitler no era todavía el presidente del partido, pero en realidad se le podía considerar como jefe del mismo. Algunas tentativas e intrigas para eliminarlo dieron por resultado que a fines de julio de 1921 la asamblea general le confiase la dirección del partido, con plenos poderes fijados en un nuevo estatuto.

Hitler se dedica de lleno a la reorganización del partido, que hasta entonces se había apoyado en sus concepciones parlamentarias. Demuestra que no es solamente un gran creador, sino también un insuperable organizador.

Cuando a principios de 1921 y en virtud del Pacto de París, Alemania se ve obligada a pagar cien mil millones de marcos, Hitler organiza un mitin de protesta en el circo Krone, y ante seis mil quinientas personas pronuncia un vibrante y patriótico discurso que duró dos horas y media. En él ataca duramente dicho Tratado.

Antes de proceder a la fundación de secciones del partido en otras ciudades, Hitler limitó por mucho tiempo su actividad sólo a Munich. El plan de organización estaba basado sobre el concepto de que era necesario que el partido adquiriese en una determinada localidad fuerte preponderancia, para luego extender su acción a todas las regiones.

Por este tiempo, las formaciones que estaban destinadas a mantener el orden en todos los actos del partido y a permitir que los oradores nacionalsocialistas pudiesen pronunciar sus discursos sin ser molestados por los adversarios, quedan constituidas bajo el nombre de Secciones de Asalto. Estas Secciones no representan más que una parte del movimiento, y son un eslabón del conjunto del partido. El pensamiento capital para su organización fué siempre, junto al propósito del entrenamiento físico, el hacer de ellas una fuerza moral inquebrantable, hondamente compenetrada con el ideal nacionalsocialista y consolidada en grado máximo por su espíritu de disciplina. Su organización nada tiene de común con la de una asociación aburguesada, y menos aún con el carácter de una sociedad secreta. Tres sucesos fueron de trascendental importancia para el desenvolvimiento de las Secciones de Asalto: la gran demostración de protesta de todas las asociaciones patrióticas, realizada en Munich

en el verano de 1922, contra la Ley de protección a la República, en la que la presencia de los nacionalsocialistas despertó desbordante entusiasmo en la multitud; el desfile de octubre de 1922 en Coburgo (del que hablaremos más adelante), y la ocupación del Ruhr por los franceses en enero de 1923. También las Secciones de Asalto pusieron de manifiesto su valor combativo el 4 de noviembre de 1921. Este día se celebraba en la gran sala de la cervecería Hofbrau una reunión del N. S. D. A. P. Los marxistas, decididos más que nunca a eliminar al joven movimiento, penetraron en el establecimiento con el fin de suspender por la violencia la sesión. Pero sus propósitos fracasaron. Encontraron en las camisetas pardas a unos hombres decididos a oponer la violencia a la violencia, y se desarrolló en la sala una furibunda lucha—volaban vasos, sillas, veladores, botellas, etc.—, al final de la cual los provocadores marxistas, a pesar de su superioridad numérica, fueron expulsados enérgicamente. Los nacionalsocialistas se habían hecho los amos de la sala.

"Debemos enseñar—había dicho Hitler—a los marxistas que el futuro dueño de la calle será el nacionalsocialista, así como llegará a ser un día el amo del Estado." Y estas palabras fueron una realidad por vez primera en Coburgo, con ocasión del "Día Alemán", que diferentes asociaciones "nacionales" habían acordado celebrar en dicha ciudad. Hitler recibió una invitación para que asistiese a esta reunión, recomendándosele que fuesen con él algunos acompañantes. Efectivamente, como "acompañantes" selecciona 800 miembros de las S. A. Marchan a la citada localidad en un tren especial, siendo el primero de esa índole que se veía en Alemania después de la Gran Guerra. Por las estaciones del trayecto son motivo de gran expectación. Llegan a Coburgo, recibiendo una orden prohibiéndoles desfilar en columnas cerradas, con banderas desplegadas y música. Hitler rechaza estas condiciones y declara terminantemente que las S. A. formarían inmediatamente en columnas para marchar por las calles de la ciudad con música y banderas. Y así fue. A su paso reciben los "cariñosos" apelativos de asesinos, bandidos, criminales... Y como esto no logra perturbar lo más mínimo el orden entre las filas de las S. A., los marxistas apelan al recurso de la fuerza. De esta forma acaban con la paciencia de los nacionalsocialistas. Durante diez minutos llueven piedras por todas partes, y un cuarto de hora después no quedaba en la calle ni un solo marxista. Por la noche se registraron graves choques. Al día siguiente estaba dominado el terror rojo, bajo el cual sufría Coburgo desde hacía varios años. Al regreso, el personal ferroviario se niega a conducir el tren. Hitler hace saber que está dispuesto a apresar a cuanto pícaro caiga en su poder y que el tren partirá conducido por ellos mismos, sin descuidarse, desde luego, de llevar en la locomotora, en el tándem y en cada coche, unas docenas de los famosos "camaradas de la solidaridad internacional", al mismo tiempo que declara que ello implicaría un gran riesgo y que acaso todos resultaran descalabrados; pero que tenían el consuelo de que no irían solos al otro mundo, sino que, en igualdad y confraternidad, les acompañarían los señores comunistas. Ante la resuelta actitud de Hitler, el tren sale puntualmente y llegan todos a Munich sanos y salvos.

Como ya hemos dicho, en enero de 1923, los franceses, aun en contra de la opinión de Inglaterra, ocuparon el terreno del Ruhr. Con este motivo, el movimiento de Hitler se coloca ante la necesidad de una resolución enérgica, y las Secciones de Asalto, cuya misión primitiva estaba destinada a defender el Partido, son preparadas inmediatamente para un eventual caso de participar en la defensa nacional.



Ilustración 1. El asilo para hombres de Viena en el que hubo de vivir Hitler algún tiempo por falta de todo medio de sustentación.

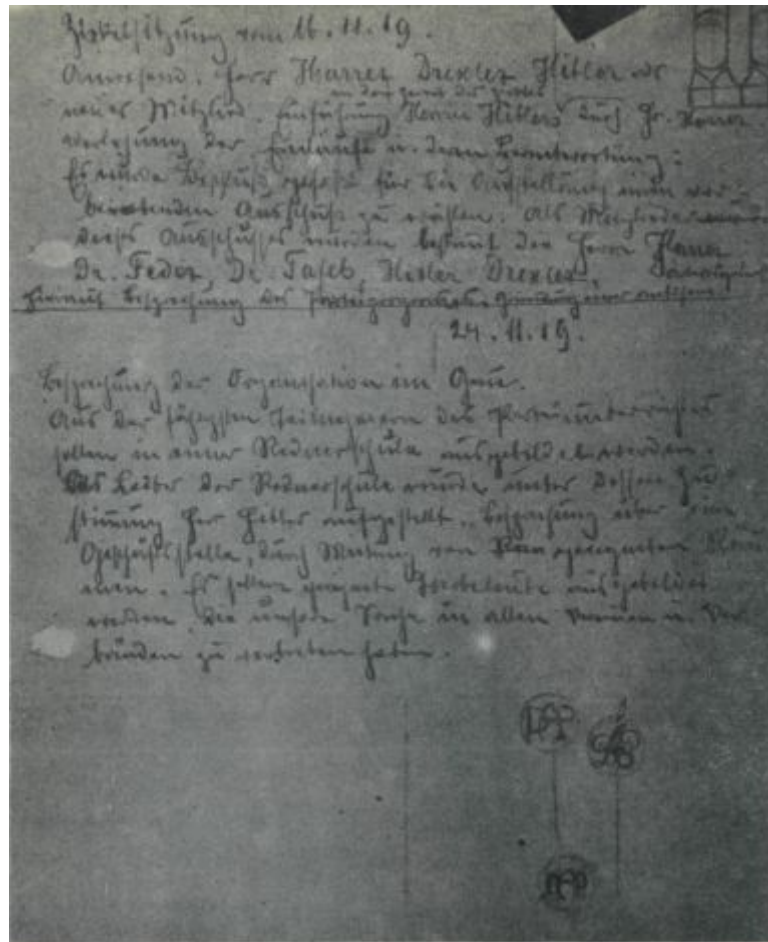


Ilustración 2. Carta que el DAP (Deutsche Arbeit Partei) pequeño partido popular alemán, formado por Drexler, Harrer y Feder, escribieron a Hitler, tras la visita que este les hizo, comunicándole que le aceptan como miembro del mismo. Este sería el posterior NSDAP, o Partido Nacionalsocialista.



Ilustración 3. La derecha burguesa que traicionó el "putsch" nacionalsocialista. En la foto Von Lossov, Von Kahr y Von Saisser.



Ilustración 4. Hitler en la prisión de Landsberg en 1923, tras el fallido "putsch" de Munich, debido a la traición de tres colaboradores de la derecha.





Ilustración 5. Hitler habla, en uno de los numerosos mítines públicos en la calle, ante la tumba de un camarada nacionalsocialista asesinado en Berlín por los comunistas.

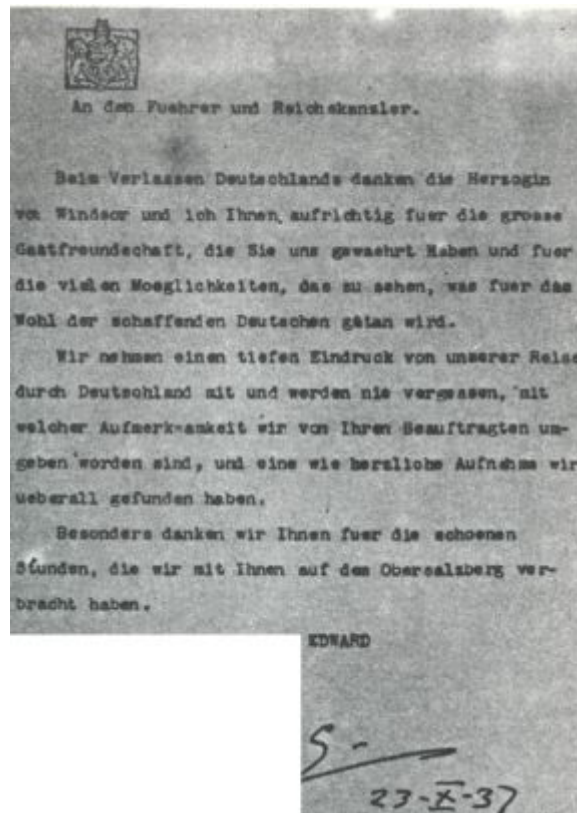


Ilustración 6. Carta del futuro Rey de Inglaterra Eduardo VIII, que nunca llegó a serlo.

Carta del futuro Rey de Inglaterra Eduardo VIII, que nunca llegó a serlo. En ella se dice:
"Al Fürher y Canciller"

"Al abandonar Alemania queremos testimoniarle nuestro agradecimiento por todas las molestias que se han tomado con nosotros.

"Estamos muy sorprendidos al constatar todo lo que Alemania ha llegado a conseguir.

"Nos llevamos una gran impresión de nuestro viaje que no olvidaremos nunca, pues ha servido para confirmar lo que ya imaginábamos, manteniendo el recuerdo de los grandes recibimientos que hemos tenido en todas partes.

"Queremos darles las gracias por esos inolvidables momentos que hemos pasado en Obersalzberg".

Eduardo 23-X-1937



Ilustración 7. Una rara fotografía de Hitler en trineo. Las montañas eran lugar especialmente querido y visitado por Hitler en sus momentos cada vez más escasos de descanso.

El 28 de enero de este mismo año tiene lugar en Munich el primer Congreso del N. S. D. A. P., en el que Hitler entrega a las Secciones de Asalto sus correspondientes gallardetes, que él mismo ha dibujado.

Poco después aparece en la historia del Partido otra gran figura. Hermann Goering, capitán retirado de Aviación, as de la Gran Guerra, es nombrado comandante de las Secciones de Asalto y se encarga de realizar el ulterior des» arrollo de las mismas, consiguiéndolo plenamente, como años más tarde realizada la ingente obra de dar a Alemania la Aviación más poderosa del mundo.

Los restantes partidos veían con gran molestia y envidia la creciente potencia del joven movimiento nacionalsocialista, y para disminuir su fuerza invitaron a los camisas pardas a que ingresasen en un frente único que habría de comprender a todos los partidos de derecha e izquierda. Hitler se opone resueltamente a tales ofertas, y declara que una inteligencia con los "criminales de noviembre" es absurda, y por consiguiente, imposible. Alguno, transitoria alianza con otras asociaciones patrióticas tuvo siempre breve duración.

Y de esta forma el partido nacionalsocialista prosigue solo su camino, únicamente con la ayuda de la fe de los camisas pardas y por la voluntad del Jefe. Mientras el Gobierno, que no se acordaba de los

combatientes, continuaba su política de renuncia y sumisión, el verdadero exponente del alma alemana era Hitler.

El 2 de septiembre de 1923 se celebra en Nuremberg el Congreso Nacional alemán. Las asociaciones patrióticas desfilan por las calles de la vieja e histórica ciudad alemana entre los aplausos de la multitud. Este mismo día, los partidos N.S.D.A.P., "Dreibund Oberland" y "Reichsflagge", se fusionan en uno solo, eligiendo como jefe a Hitler. El partido "Deutschcr Kampfbund" (Unión Combatiente Alemana) dice, entre otras cosas, en su programa: "Revolución y Versalles están unidos por un indisoluble lazo... Nosotros queremos liberar a nuestra Patria de la servidumbre y de la vergüenza... La libertad debe ser conquistada por el pueblo por medio de las propias fuerzas nacionales... El nuevo Estado alemán, constituido en Weimar, no puede ser el exponente del movimiento alemán para la libertad."

Como respuesta y represalia a la constitución del partido de Hitler, el Gobierno bávaro nombra el 26 de septiembre como Comisario general del Estado para Baviera al señor Kahr.

La situación de Alemania no podía ser más desastrosa. El conflicto entre Baviera y el Reich -el Poder de este último se asentaba en el Comandante de la Reichswehr bávara, general von Lossow—se agudizó, al propio tiempo que se multiplicaban los signos reveladores de las tendencias separatistas de Baviera. La inflación monetaria alcanzaba cifras fantásticas. Se acentuaban las luchas interiores. Los acontecimientos precipitaban rápidamente a la nación hacia la catástrofe.

Era necesario actuar urgentemente. Después de largas semanas de discusiones, Hitler saca la impresión de que aquellos que detentaban el Poder de Baviera, es decir, Kahr, Lossow y el comandante de la Policía, von Seisser, estaban dispuestos a llevar a cabo un golpe de Estado, pero no se encontraban en condiciones de poder dar el primer impulso inicial.

La tarde del 8 de noviembre de 1923—quinto aniversario del estallido de la revolución roja se reunían en la Bürgerbrau de Munich los exponentes de las asociaciones patrióticas. En esta reunión, Kahr debía dar a conocer el programa de su acción política. A las veinte cuarenta y cinco horas penetra en la sala Hitler al frente de sus Secciones de Asalto. Declara caduco el Gobierno del Reich y traza a grandes líneas el plan de una flamante Constitución del Gobierno nacional germánico. Hitler, que contaba entonces treinta y cuatro años, habría de ser el Canciller. El general Ludendorff lanza una proclama a la Reichswehr (Ejército alemán de la post-guerra). La Asamblea, que en un principio se mostró hostil a Hitler por creer que la acción iba dirigida únicamente contra Kahr, prorrumpe en grandes aplausos después de un emocionante discurso de aquél. Kahr, Lossow y Seisser declaran estar de acuerdo con el nuevo Gobierno y aceptan los cargos que se les ofrecen. Pero el juego del primero es falso. Von Kahr avisa a Berlín, y el general von Seeckt marcha contra Munich al frente de sus tropas, al mismo tiempo que el regimiento regular acantonado en la ciudad bávara desobedece las órdenes de Ludendorff. "Hoy comienza—dijo Hitler en su patriótico discurso—la revolución nacional, que va única y exclusivamente dirigida contra el Gobierno judío de Berlín."

A pesar de la traición de Kahr, Hitler decide dar un paso en extremo resuelto. Nunca había tenido la intención, que por otra parte habría sido vana, de oponer resistencia a las fuerzas del Estado. Sin embargo, era necesario hacer una última tentativa para tratar de restablecer la situación. Y así, la mañana del 9 de noviembre, Hitler, con Ludendorff y otros jefes nacionales, sale de la Bürgerbrau para dirigirse al centro de la ciudad. Marchan al frente de una gran multitud, que con las banderas desplegadas y entre el indescriptible entusiasmo de toda la población patriótica de Munich, llega hasta la Marienplatz y sigue hasta la plaza del Odeón.

En el balcón del Ayuntamiento ondea la bandera de la cruz gamada. Un gran gentío llena la Residenzstrasse. Cerca de la Feldherrnhalle, la Policía cierra el paso de la calle. La manifestación continúa su marcha. Pero, inesperadamente, sobreviene lo que nadie esperaba: las tropas de la Reichswehr disparan sobre los manifestantes, a cuyo frente marchan Hitler y el jefe del Estado Mayor general alemán de la guerra mundial.

El resultado fué luctuoso. Dieciséis portadores de las banderas del movimiento patriótico y de la libertad cayeron heroicamente bajo el fuego de las balas enemigas. Dos murieron en el patio del departamento militar, que había sido ocupado por la Reichskriegsflagge. Además, muchos heridos yacían entre su propia sangre. Hitler se hirió en un brazo al caer bruscamente al suelo. La resuelta acción había fracasado.

El mismo día 9, el Comisario general gubernativo de Baviera, Kahr, que había traicionado a Hitler y al movimiento patriótico, dictó un decreto, en virtud del cual el N. S. D. P. A. era disuelto y al mismo tiempo se amenazaba con severísimas penas a quienes continuasen desarrollando una ulterior actividad en favor de la desaparecida asociación.

El día 10, los autocarros de la Policía llegan ante el edificio en el que tiene su sede el partido, en la Corneliusstrasse. Los agentes gubernativos penetran en el local y sacan del mismo cuanto creen necesario; pero, sin embargo, no encuentran el fichero de los afiliados, que de manera especial interesaba a la Policía.

El aspecto de Munich en estos días es el de una ciudad atrincherada. En las calles se levantan alambradas y barricadas, fuerzas del Ejército recorren la población... Se organizan imponentes manifestaciones de protesta contra estas medidas, siendo dispersadas siempre por la intervención de la Policía.

Kahr se encarga de "calmar" y "liquidar" el movimiento. Para ello se instala en el palacio de la Baviera superior, que se halla protegido por alambradas y fuerzas de la Reichswehr.

Hitler marcha a Tutzing para reorganizar sus huestes; pero pocos días después es arrestado en la casa de unos amigos suyos y se le traslada a la fortaleza de Landsberg, sobre el Lech.

También muchos de sus colaboradores y camaradas corren bien pronto la misma suerte que Hitler y son encarcelados. Al propio tiempo, las milicias del Kampfbund son desarmadas y se confisca completamente el patrimonio del disuelto partido.

El intento realizado con el fin de sacudir a la Patria del trágico destino que desde hacía cinco años pesaba sobre Alemania, había fracasado. Continuaba detentando el Poder el régimen del 9 de noviembre de 1918, para vergüenza de todo el pueblo. No obstante, la ardua empresa de Hitler y de sus amigos no había sido vana.

"Un signo evidente—dijo Hitler delante del Tribunal del pueblo que juzgó su causa—del éxito que hemos alcanzado en la jornada del 8 de noviembre, es aquel de que inmediatamente a la misma, la juventud alemana se levanta enérgicamente y se une. Es éste el éxito más grande del 8 de noviembre: el de no haber originado una depresión, sino, por el contrario, haber contribuido a elevar al máximo grado el entusiasmo del pueblo."

El 26 de febrero del mismo año comienza en una de las salas del edificio de la Academia Militar de Munich, y ante el Tribunal del pueblo, la vista de la causa contra Hitler y sus compañeros. El proceso terminó el 10 de abril. Hitler es condenado a cinco años de reclusión en una fortaleza, con la eventual aplicación de la libertad condicional. Otras muchas personalidades del partido son condenadas asimismo a reclusiones más o menos largas en diversas prisiones.

Cuando Hitler se sienta en el banquillo, su serenidad es completa, como lo prueba el hecho de que mientras el presidente del Tribunal lee el acta de acusación, él dibuja sobre un blok de papel, del que va arrancando las hojas después de haber pintado diversas y variadas cosas.

El mismo procurador del Estado debió reconocer en su requisitoria que Hitler "tenía la honesta intención de despertar en el pueblo oprimido y desarmado la fe en la causa alemana", lo cual era "meritorio desde todos los puntos de vista". Además, calificó a Hitler como "un hombre de altas dotes, que salido de condiciones modestísimas, había conquistado una posición importante en la vida política; un hombre que había propugnado y propagado las ideas por las que estaba dispuesto hasta sacrificar su propia vida y un soldado que había cumplido perfecta y heroicamente con su deber". Por otra parte, reconoció la lealtad de la acción fracasada y de los sentimientos que animaban a Hitler. Este asumió sobre sí mismo la plena responsabilidad de cuanto había ocurrido, y trató de disculpar, por todos los medios a su alcance, a los colaboradores y camaradas que le habían seguido. Pero estos esfuerzos de Hitler resultaron vanos.

Después declaró que la destrucción del marxismo era su fin; pero al mismo tiempo lo consideraba como la premisa para la liberación de Alemania.

"No seréis vosotros—dijo en aquella ocasión—, ¡oh, señores!, los que nos sentenciaréis; la sentencia será pronunciada por el Tribunal eterno de la Historia."

POPULARIDAD.- HAY QUE EMPEZAR DE NUEVO. CRECIENTE DESARROLLO DEL MOVIMIENTO

Inmediatamente después del proceso, el nombre de Hitler adquirió rápidamente gran popularidad más allá de los confines de Baviera. Se le consideraba, bien merecidamente por cierto, como el alma de la empresa que había tratado de eliminar de Alemania al "mal gobierno que desde hacía cinco años oprimía a la nación. Su comportamiento ante el Tribunal y la franqueza con que aceptó la

responsabilidad de los hechos de que se le imputaban, le hicieron conquistar numerosas simpatías.

Para la gente, el nombre de Hitler representaba ya algo más que el de un jefe demagógico, y su movimiento no era una simple manifestación descabellada de elementos inmaduros.

El 20 de diciembre de 1924, Hitler abandona la fortaleza de Landsberg en virtud de la aplicación de la libertad condicional. Sale saturado de energía y de fe. Uno de sus primeros actos es el de dirigirse al Jefe del Gobierno bávaro con el único fin de pedirle que ponga en libertad, en las Navidades de dicho año, a sus camaradas que todavía se encuentran detenidos.

Mientras duró su cautiverio, el movimiento nacionalsocialista sufrió una crisis de incertidumbre, creada por los contrastes de doctrina y táctica que entre los subjeses del mismo se producían.

Hitler se encuentra ante una Alemania que ha cambiado, ya que en las elecciones del 4 de mayo de 1924 los partidos de Weimar se debilitaron, aumentando ligeramente su fuerza los nacionalistas, como consecuencia de la natural reacción que se produjo en el pueblo ante la ocupación francesa del Ruhr, y sobre todo, por la miseria general que la inflación había producido, pues habiendo llegado el dólar a valer un BILLÓN de marcos, la creación del "Rentenmark", o nuevo marco, no había evitado las consecuencias desastrosas de la citada feroz inflación. Además, el plan Dawes exigía de Alemania el pago normal de 2.500 millones de marcos al año, habiendo tomado en garantía los ferrocarriles del Reich y sometiendo a esta nación a un intolerable control financiero.

En aquellos trágicos momentos. Hitler pudo apreciar con tristeza que sólo le habían permanecido fieles unos dos mil adeptos. Para sustituir al disuelto partido se formó uno denominado de Libertad Nacionalsocialista; pero en la acción de este movimiento faltaba la tónica enérgica y característica del jefe.

Hitler había aprendido mucho en las jornadas de noviembre y reflexionó profundamente en su celda de la fortaleza. Reconocía inoportunas las alianzas aisladas con otras organizaciones, y comprendía la necesidad de crear un partido único sujeto a una voluntad férrea, y en vez de las revueltas, los tumultos y los desórdenes contra la legalidad, había que prepararse para una lucha de posiciones, y con la nueva táctica conquistar definitivamente el Poder. Era necesario empezar de nuevo.

También durante este tiempo de prisión escribió la primera parte de su magnífico libro *Mein Kampf* (Mi lucha), que bajo el subtítulo de *Eine Abrechnung* (Una relación de cuentas), fué publicado en las Navidades de 1925. En esta primera parte, y a través de un rápido relato de su vida y del desarrollo del partido hasta el sangriento mes de noviembre de 1923, hace una completa exposición de la doctrina nacionalsocialista.

De nuevo reúne en torno suyo a los fieles y viejos camaradas, y el 27 de febrero de 1925 les convoca a una reunión en la Bürgerbrau de Munich—que se encuentra cercada por la Policía—, y en ella proclama solemnemente el resurgimiento del movimiento bajo nuevas bases.

En esta Asamblea constitutiva, Hitler declara, igual que antes, guerra encarnizada al régimen existente; pero al mismo tiempo jura acatar la legalidad.

El Gobierno bávaro responde a esta actitud con severas represalias. Le prohíbe pronunciar discursos en reuniones públicas, y esta prohibición, que seguidamente y en poco tiempo es adoptada también por la mayoría de los Gobiernos confederados, permanece en vigor durante varios años.

Comienza entontes un período difícil para el partido. En aquellos tiempos de lucha, la importancia de la oratoria era muy grande. Faltaba todo y no se tenía nada. Incluso no se contaba con una sede propia, y mucho menos con una máquina de escribir. De dinero..., para qué hablar. Algunos empezaban a sentir vacilar su fe en el Movimiento y en el Führer—jefe, caudillo, conductor, leader—. A todo esto se deben añadir las represiones, las violencias y las vejaciones de que eran objeto por parte de las autoridades; el terrorismo sin límite de los marxistas en las calles; la indiferencia de los partidos de derecha y el boicot que se les declaraba en la vida comercial.

El trabajo por conservar y propagar la idea nacionalsocialista exigía, por consiguiente, de cada uno de sus afiliados gran valor y tenacidad. Y también esta situación difícil tuvo su parte buena. El partido fué depurado y seleccionados sus elementos. El grano fué separado de la cizaña.

Los fines políticos de Hitler eran, como antes, bien claros. En política exterior combatía enérgicamente la tendencia francófila y la locura que se cometía con el cumplimiento de los Tratados de paz impuestos por el enemigo y que constituía la política de los gobernantes de aquel tiempo, la cual llevaba de un fracaso a otro en las varias conferencias que se sucedían sin interrupción. Sostenía, por el contrario, también con gran energía, un plan de alianzas favorables a Alemania. Entre las potencias

que podían ser consideradas como futuras aliadas de Alemania—aquí se pone una vez más de relieve la maravillosa visión que de todos los problemas de su Patria tenía Hitler—se encontraba en primer lugar la Italia fascista.

Por lo que respecta a la política interior, Hitler siempre tuvo como fin primordial la destrucción del marxismo y, por lo tanto, la conquista del Poder político para luego poder iniciar la lucha por la libertad alemana.

Hitler, al crear de nuevo su Movimiento bajo nuevas bases, rompe los lazos que le unían con el partido de Libertad Nacionalsocialista, con el que Ludendorff había luchado electoralmente durante la permanencia de Hitler en la prisión. Después, recoge los grupos que el partido tenía en la Alemania del centro y del norte. En el verano de 1925 se separa del mariscal Ludendorff, porque Hitler no quiere luchar contra la Iglesia católica. Sus antiguos partidarios vuelven a su lado y en pocos meses deja reconstruido el Movimiento hitleriano.

Refiriéndose al plan Dawes, que llevó importantes capitales extranjeros a Alemania, creando la ilusión de un cierto bienestar al ser empleado en la economía, cuando en realidad no se trataba nada más que de una farsa económica que había de precipitar a Alemania en una bancarrota, Hitler dice con su magnífica clarividencia: "Dawes exige ochenta marcos por segundo, es decir, cuatro mil ochocientos por minuto, que representan doscientos veintiocho mil marcos por hora... ¿Cómo acabará esto?"

El tiempo en que Hitler no puede hablar en público, porque se lo prohíben diversos Gobiernos confederados, lo emplea en terminar su libro "Mi Lucha". En esta segunda parte estudia maravillosa y profundamente la organización y los fines de su partido. Y estas palabras, escritas en la iniciación de su lucha política, adquieren hoy una asombrosa realidad. Nada de lo que Hitler promete a su pueblo en las páginas de su magnífica obra ha dejado de cumplirse. Y es también ahora cuando las siguientes frases suyas tienen una gran fuerza y al mismo tiempo son una realidad más:

"Es posible—escribe Hitler en 1925—que el oro se haya convertido hoy en el soberano exclusivo de la vida, pero no cabe duda de que un día el hombre volverá a inclinarse ante dioses superiores. Y también es posible que muchas cosas del presente deban su existencia a la sed de dinero y de fortuna; mas muy poco de todo esto representa seguramente valores cuya no existencia podría hacer más pobre a la humanidad.

También en esto le corresponde un cometido especial al movimiento nacionalsocialista, que, ya en la actualidad, predice el advenimiento de una época en la que a cada uno se le dará lo que necesite para su existencia, cuidando, sin embargo, como cuestión de principio que el hombre no viva pendiente únicamente del goce de bienes materiales. Esto encontrará un día su expresión en forma de una graduación sabiamente limitada de los salarios, de tal suerte que hasta el último de los que trabajen honradamente cuente en todo caso, como ciudadano y como hombre, con una existencia honesta y ordenada.

Y que no se diga que este sería un estado de cosas ideales, impracticable en el mundo en que vivimos e imposible de ser logrado jamás.

Tampoco somos tan ingenuos como para creer que se podría llegar a la creación de una época exenta de anomalías. Pero esta consideración no salva el imperativo que se tiene de combatir errores reconocidos como tales, corregir defectos y aspirar a la consecución de lo ideal. La dura realidad se encargará por sí sola de imponernos múltiples limitaciones. Justamente por eso el hombre debe empeñarse en servir al fin supremo sin dejarse arredrar en su propósito por ningún fracaso, como tampoco, por ejemplo, se puede renunciar a los tribunales de justicia porque éstos incurran en errores, ni menos detestar los medicamentos porque, pese a ellos, siguen existiendo enfermedades.

¡Cuidese mucho de saber apreciar debidamente la fuerza de un ideal!"

Esta segunda parte de su libro vio la luz al año siguiente de la primera, es decir, en 1926, y las dos forman el gran volumen *Mein Kampf*. que ya ha sido traducido a trece idiomas.

Pero no limitó su labor únicamente a escribir esta segunda parte. Hitler recorrió las regiones en las que no se le había prohibido hablar, como eran Wurtemberg, Meklemburgo y Braunschweig, propagando en inflamados y patrióticos discursos las ideas nacionalsocialistas.

Mientras tanto, la organización del partido se desarrollaba cada vez con mayor fuerza. En muchas regiones de la Alemania septentrional se constituyen con gran entusiasmo secciones locales. Un equipo seleccionado y cada vez mayor de oradores recorre sin descanso las ciudades y regiones del país inculcando en los cerebros y en los corazones de todas las masas la doctrina de Hitler.

En este tiempo todavía radicaba la fuerza mayor del partido en Baviera y, más concretamente, en Munich pero también en Sajonia se ponía de relieve ya un rápido desarrollo del nacionalsocialismo.

Surge otra gran figura del Movimiento. El doctor José Goebbels, actual ministro de Propaganda, es nombrado dirigente de la organización en la capital del Reich. Berlín. Su habilísima e inteligente labor propagandista recluta rápidamente nuevos y numerosos afiliados a las filas del partido. En una de las reuniones por él organizadas se promueve un incidente, que es aprovechado por el Gobierno para prohibir el partido en la capital alemana.

A pesar de los evidentes progresos que se realizaban por todas partes, el partido debió dar todavía un paso muy arriesgado. Hitler convocó en Julio de 1926 un Congreso nacionalsocialista en Weimar. Todos temían que resultase un fracaso, pero, por el contrario, fué un gran triunfo. Miles de miembros de las S. A. y de las S. S., todos ellos debidamente uniformados con la camisa parda, desfilaron manualmente por las calles de la ciudad ante el entusiasmo de una enorme multitud.

Se había demostrado a los indiferentes con esta formación extraordinaria que el movimiento no sólo no había muerto, como con gran alegría y deseo querían dar a entender los adversarios, sino que vivía pictórico de fuerzas y adquiría cada vez mayor desarrollo y potencia.

Los miembros del Partido que asistieron aquel día a la concentración recobraron nuevas fuerzas y mayor fe para la inminente lucha.

El periodo quizás más difícil para el nacionalsocialismo había pasado, como era el peligro de un resquebrajamiento de la organización. El número de afiliados al partido subía constantemente. Así a finales de 1925 era de 27.117; en diciembre de 1927, 72.590; en diciembre de 1928 alcanza la cifra de 108.727, y el mismo mes de 1929 el Partido contaba con 176.625 militantes, todos ellos dispuestos a luchar hasta entregar su vida por el ideal nacionalsocialista y por su Führer.

El Gobierno, que ve con amargura que sus presiones gubernamentales sobre el partido nacionalsocialista dan por resultado que éste adquiera cada vez mayor pujanza y desarrollo, se ve obligado en 1927 a levantar en Baviera la prohibición que pesaba sobre Hitler de hablar públicamente. Los partidos que constituían el Gobierno no podían ya continuar manteniendo un ilegal estado de cosas y al mismo tiempo se convencían de que estas opresiones, junto al terrorismo marxista que imperaba en todas partes, aceleraban el triunfo del Movimiento de Hitler.

Cuantos creyeron que con la elección de Hindenburg para Presidente del Reich, que triunfó en las elecciones presidenciales del 26 de abril de 1925, habría cambiado el régimen gubernamental y que se pondría fin a la política de sumisión y de cumplimiento de absurdos Tratados hasta entonces realizada, se vieron bien pronto amargamente defraudados.

Mientras los diversos Gobiernos que habían detentado el Poder se entregaban a reprimir toda iniciativa nacional, se trataba de justificar la propia y débil resolución en todas las decisiones concernientes a la política exterior, poniéndose de relieve con ello la absoluta impotencia e incalificable cobardía de los gobernantes de aquel tiempo.

Stresemann, entonces jefe del Gobierno y conocido en España por la visita que en 1929 hizo a Madrid con motivo de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, pretendía ver, no obstante sus continuos fracasos, "cierta claridad en el horizonte político". Pero el número de obreros parados aumentaba incesantemente y las dificultades eran cada vez mayores. Aparecen con toda su crudeza las consecuencias del pacto Dawes, concluido en 1924 y que hasta entonces había sido exaltado como el aportador a la salvación del país, que daría nuevo impulso a la economía nacional y crearía, por consiguiente, las condiciones indispensables para un renacimiento político.

Hitler, por el contrario, sostuvo siempre la tesis de que el saneamiento económico dependía exclusivamente de la reconquista de la potencia política.

También en Prusia el Gobierno se ve forzado, ante la realidad contundente de los hechos, a levantar la prohibición a Hitler de hablar en público. Y en el Palacio del Deporte de Berlín, y ante 15.000 oyentes, pronuncia un magnífico discurso en el que ataca a Stresemann por su política de Locarno, cuyos resultados fueron para Alemania una amarga decepción.

Después pronuncia numerosos discursos ante todas las clases sociales del país. Los dirigentes de la industria y de la economía le escuchan atentamente y sus palabras contribuyen cada vez con mayor fuerza a hacer penetrar sus concepciones en la mayor parte de los círculos relacionados con estas dos importantes manifestaciones de la nación.

Y así, aumenta constantemente el número de personas pertenecientes a las más diversas clases

sociales que ven en Hitler y en su Movimiento no solamente los portadores de la idea nacional, sino también la única salvación de la catástrofe económica en que se hallaba sumida la nación. Los Congresos nacionales del Partido celebrados en Nuremberg en los años 1927 y 1929 son un elocuente testimonio del creciente desarrollo del Movimiento y de la favorable acogida que Hitler encuentra en el pueblo.

Con ocasión del último de estos Congresos se reúnen en la antigua e histórica ciudad alemana 120.000 adictos al Partido, llegados de todos los puntos del país. En la gran pradera donde Wagner situó la escena final de sus "Maestros cantores", forman 60.000 soldados pertenecientes a las S. A. y S. S. En primer lugar, son recordados ante el monumento en Luitpoldhain, cubierto de flores depositadas por los camisas pardas, los héroes anónimos caídos en la Gran Guerra. Seguidamente, el Führer, a los acordes del himno hitleriano, entrega 24 gallardetes a otros tantos jefes de las Secciones de Asalto. Por último, los estandartes se inclinan al paso de la insignia ensangrentada durante la revolución del 9 de noviembre de 1918, los miembros de las Secciones de Asalto desfilan ante Hitler, al mismo tiempo que miles de voces entonan el canto antiguo "Queremos combatir victoriosamente a Francia". 21 brillantísimo desfile dura casi cuatro horas y adquiere los caracteres de una imponente manifestación.

También en complejas cuestiones de política, desde hacía ya mucho tiempo, Hitler no era considerado sólo como el orador de mítines, sino que sus cualidades de hombre de Estado se ponían cada vez más de manifiesto y adquirían mayor consideración en la opinión pública. Su "Carta abierta a Hervé", en la que para responder a las demandas del político francés adoptaba una posición frente al problema del desarme y respecto a la evolución de las relaciones entre Alemania y Francia, atrae sobre él la atención de casi todo el mundo.

En febrero de 1929 se reúnen en París los técnicos que deben preparar el Plan Young, con el fin de reemplazar al de Dawes en la regularización de las reparaciones. Alemania debe al extranjero 15.000 millones de marcos, a los que hay que añadir 14.000 millones de deudas de la agricultura. Y cuando en La Haya va a ser firmada la nueva Convención, Hitler apoya la iniciativa nacional de un plebiscito para impedir la ratificación. Se realiza este plebiscito y la coalición de partidos, en la que figura el de Hitler, obtiene seis millones y medio de votos. Pero la "Erfüllungspolitik" (Política de cumplimiento), que sostenía el Gobierno socialistedemocrático, hace fracasar los esfuerzos de Hitler. Sin embargo, resultó ser el hombre que personificaba del modo más puro y genuino la lucha contra la política de servidumbre del pueblo alemán.

Ya antes de este plebiscito, en las elecciones que para el Reichstag se celebraron el 20 de mayo de 1928, el partido nacionalsocialista, a pesar de los esfuerzos de las izquierdas para debilitarlo, llegó a alcanzar 810.000 votos, con lo que pudo enviar al Parlamento una representación de doce diputados. Hitler resume el resultado de estas elecciones diciendo: "Nosotros nos hemos mantenido contra la opinión pública; nosotros lucharemos contra la opinión pública y nosotros triunfaremos algún día sobre la opinión pública."

A mediados de marzo de 1930 cae el Gobierno que preside el socialista Müller, debido a las divergencias de opinión que sobre los seguros sociales surgieron entre los mismos socialistas. El doctor Brüning es nombrado Canciller, con la misión de formar un Gobierno que, sin tener en cuenta los partidos, prosiga la misma política extranjera y ordene la Hacienda.

La situación de Alemania continúa siendo desastrosa. Pasan de cinco millones los desocupados y la crisis de los negocios merma progresivamente los ingresos del Estado; la huida de los capitales toma caracteres alarmantes. La política financiera de deflación, de economías, de reducción de salarios y otras medidas impopulares dan por resultado que las masas se lancen decididamente a engrosar las filas del Partido de Hitler, quien proclama la necesidad de una política económica de negativa de las reparaciones y de lucha contra el paro, por medio de la organización de grandes obras públicas, por un impulso a la agricultura y por la colonización interior. Y así llegan las elecciones para miembros del Reichstag el 14 de septiembre de 1930. Los 810.000 votos obtenidos dos años antes se convierten en 6.400.000, y en vez de doce diputados, ciento siete camisas pardas entran en el Parlamento. Ante este hecho se conmueve el mundo entero. El partido nacionalsocialista había pasado a ser el segundo grupo parlamentario más numeroso. Únicamente los socialdemócratas, con sus ciento cincuenta y cuatro diputados, tenía una mayor representación. Pero también éstos habían sufrido una notable disminución de votos y de diputados. Ya nadie, absolutamente ninguno, podía permitirse "el lujo" de no tomar en serio el nacionalsocialismo. Y esto se pone de relieve por la furibunda lucha que por todas partes se desencadena contra el Partido. Esta fecha merece especial atención, porque es la clave de la situación actual en Alemania y en el mundo.

Ante este resultado el Canciller Brüning ofrece, intencionadamente, a Hitler una colaboración en el

Gobierno, pero sin darle la dirección absoluta. La rechaza, aun en contra de la opinión de algunos de sus más íntimos colaboradores, porque "él no podía aceptar el Poder más que con toda su responsabilidad".

Entonces Brüning adopta una doble táctica: la de reprimir el Movimiento de Hitler y la de apropiarse de los puntos fundamentales de su programa, especialmente de los que se refieren a la política exterior. Con ayuda de los socialistas, Brüning echa mano de toda clase de medidas represivas y prohíbe los periódicos nazis, las demostraciones hitlerianas, el uso de los uniformes a las masas nacionalsocialistas, y con la intervención enérgica y dura de la policía trata de oprimir el movimiento de Hitler. Brüning abandona su "política de cumplimiento", observada hasta entonces e inaugura gubernamentalmente una política de revisión y de igualdad de derechos, cuya verdadera finalidad es privar al nacionalsocialismo de sus armas más eficaces en materia de asuntos exteriores. Así lo prueban las negociaciones sobre la moratoria Hoover, la preparación de la Conferencia de Lausanne y la declaración de Brüning a principio de 1932 al decir que "Alemania se encontraba en la imposibilidad de continuar pagando las deudas políticas". Por lo que se refiere a la primera, o sea a la moratoria, tuvo que intervenir personalmente el Presidente de los Estados Unidos, Hoover, para preconizar la moratoria de un año para todos los pagos entre Gobiernos, es decir, para las reparaciones alemanas y las deudas interaliadas. Todos aceptaron en seguida, menos Francia, que sin ninguna consideración hacia el Reich retiró sus créditos poniendo en serio peligro las finanzas alemanas. Por fin, y ante un desesperado llamamiento de Brüning, Francia cedió, y el 6 de julio de 1931 fué firmada la moratoria. Pero, desgraciadamente, ésta apenas representó un alivio para Alemania y la grave crisis económica obligó al Gobierno a tomar medidas drásticas, con severas restricciones monetarias, cierre obligatorio de los Bancos y de la Bolsa, aumento jamás visto del tipo de descuento, etcétera, etc.

En septiembre de 1930 se celebró en Hamburgo una conferencia de Hitler. Se vendieron catorce mil invitaciones a un marco. Al entrar el Führer suena una marcha bélica y el grito de "Heil" llena el espacio. Hitler viste un impermeable amarillo y sube al estrado. Se quita el abrigo y aparece con traje negro, como un pastor. Detrás de él están expresados en grandes carteles los pensamientos del Partido. Hitler habla como profeta, dejándose llevar por su fe inquebrantable, por su misticismo.

El número de los afiliados al Partido, que en 1930 agrupaba en sus filas a 389.000 personas aumenta en diciembre de 1931 a 806.294, para pasar en abril de 1932 al millón. El primero de marzo de 1933, los camisas pardas eran ya 1.471.114.

Ya en estas fechas la opinión nacional encabezada por el partido de Hitler acechaba el Poder, y en octubre de 1932 Hitler es recibido por primera vez por el Presidente Hindenburg.

Los marxistas tratan de desahogar su envidia, su impotencia y su rencor con atentados y emboscadas, con la implantación del terrorismo en las calles, con las constantes agresiones, las cuales aumentan de manera tan inquietante, que puede decirse sin temor a exagerar que han desencadenado la guerra civil. El número de los combatientes nacionalsocialistas caídos por su ideal en estos atentados y emboscadas preparados por los adversarios alcanza, hasta la subida al Poder, la cifra de 206 muertos y unos 25.000 heridos. Estas cifras, que son por sí solas bien elocuentes, constituyen la demostración de la fe y del espíritu de sacrificio de aquéllos que consagraron su vida a la causa del nacionalsocialismo y que están pronto dispuestos no solamente a combatir, sino, si es necesario, a morir por la Idea y por el Führer.

El inminente vencimiento del período presidencial de Hindenburg lleva a Hitler al primer plano de las negociaciones con el Gobierno central. Las tentativas de Brüning para inducir a Hitler a que se adhiera por la vía parlamentaria a la prórroga del mandato presidencial, tiene un resultado negativo. Por consiguiente, es necesario convocar nuevas elecciones.

En este mismo tiempo Hitler es llamado por el Gobierno confederado de Braunschweig para ocupar el cargo de Regierungsrat (Consejero gubernativo). Y con este motivo obtiene lo que tanto había deseado y por lo que siempre había luchado: la ciudadanía alemana. Tiene ya la posibilidad de presentar su candidatura para la Presidencia del Reich. Y en esta ocasión la burocracia política de Alemania cerró uno de los capítulos más tristes de su historia. Durante muchos años había rechazado la ciudadanía a un alemán nacido cerca de los confines germánicos, que había combatido toda la guerra mundial en el Ejército alemán y cuya vida no había sido otra que una lucha ininterrumpida por Alemania, por su Patria, de la cual se sentía y era hijo.

Las elecciones para la Presidencia del Reich. La subida al Poder.

Se celebran el 13 de marzo de 1932 las elecciones para la Presidencia del Reich. Cuatro son los candidatos, pero la lucha se establece sólo en torno de dos de ellos. Son el viejo y venerable mariscal Hindenburg y el Jefe del pujante partido nacionalsocialista, Adolfo Hitler. De antemano se preveía un triunfo del primero. Así fué. Las cifras del escrutinio arrojaron un balance a su favor por 18.600.000 votos contra 11.300.000 de Hitler. Y si se había previsto un triunfo de Hindenburg, no se creía tampoco de antemano que su mayor contrincante alcanzase una cifra tan elevada de votos. Hitler había visto prácticamente duplicado el número de simpatizantes suyos en el breve período de un año y medio. Sin embargo, Hindenburg no obtuvo la mayoría necesaria y hubo que recurrir a un segundo escrutinio.

Y para que el triunfo de Hindenburg sea seguro, el régimen imperante trata por todos los medios de neutralizar la propaganda nacionalsocialista, ya gravemente perjudicada por la medida parcial por la que le era negado el uso de la radio. Los preparativos para estas elecciones de segunda vuelta se limitan a seis días, que son conocidos por la denominación de "tregua pascual". En este breve periodo Hitler realiza una labor propagandística que con mucha razón puede ser considerada como gigantesca y que no tiene en realidad ningún precedente. Gracias sobre todo a la inaudita e infatigable actividad desplegada por su Führer, el Movimiento nacionalsocialista alcanza en estas nuevas elecciones del 10 de abril la cifra definitiva de 13.400.000 votos, con lo que no sólo ha logrado mantener los obtenidos el 13 de marzo, sino que ha ganado 2.100.000 votos.

Estas elecciones presidenciales tuvieron su aspecto paradójico. En efecto, el bloque formado por el centro y por los socialistas, que siete años antes había combatido con energía la candidatura de Hindenburg (que hubo de triunfar en 1925 contra la del católico Marx), se agrupa esta vez alrededor de él, viendo en la persona venerable del anciano mariscal, héroe de la batalla de Tannenberg, el único candidato serio cuya popularidad podía medirse con la de Hitler. Por el Contrario, el bloque de derechistas, que en las elecciones de 1925 había sostenido su candidatura, se coloca frente a él. Los nacionalsocialistas desarrollaron una campaña maravillosamente organizada en favor de Hitler. El hecho de que los demócratas burgueses y los socialistas tuvieran que votar por Hindenburg, cuyos sentimientos derechistas eran sobradamente conocidos, bastaba para demostrar el fracaso de la democracia izquierdista en Alemania. Como decimos, las elecciones fueron extrañas. Mientras el anciano mariscal, de rancia nobleza y de religión protestante, era el candidato de los socialistas y de los católicos, Hitler, antiguo obrero y de religión católica, fué favorecido por la extrema derecha ultranacionalista y por millones de protestantes prusianos.

La elección de Hindenburg se llevó a cabo sin grandes obstáculos. Pero el Gobierno del Reich, que de ninguna forma había previsto un éxito semejante de Hitler, recurre a una medida desesperada. El 13 de abril del mismo año es firmada una orden, más bien un decreto-ley, disponiendo la inmediata disolución de las S. A. y de las S. S., de la Juventud Hitleriana y de las milicias motorizadas y de aviación nacionalsocialistas. Con ello esperaban los gobernantes poder aniquilar la propaganda y el desarrollo del Partido, cuando en realidad era una medida bien lamentable, ya que se suprimía una fuerza organizada para luchar contra los comunistas, los cuales se habían hecho muy peligrosos en la calle y contaban con cien diputados en el Parlamento, teniendo cerca de seis millones de electores.

Pronto este procedimiento del Gobierno se manifestó como una medida errónea y provocó graves complicaciones interiores. La opinión pública se intranquilizó porque circulaban rumores de "un golpe de Estado" preparado por el partido nacionalsocialista. Con esta ocasión y en una interviú concedida al *Daily Express*, declaró Hitler: "Si el Gobierno disuelve mis S. A., me releva a mí de toda responsabilidad de los actos que realicen. Yo no tendré ya a esos 400.000 hombres bajo mi control, como hasta ahora y no podré responder de sus acciones aisladas."

Como inmediata consecuencia de esta medida del Gobierno presenta la dimisión de sus cargos de Ministro del Interior y de la Defensa Nacional el general Groener. Poco después el Canciller Brüning dimite asimismo junto con otros ministros.

Hindenburg designa para la Cancillería a un miembro del Partido católico,, Franz von Papen, quien forma un "Gobierno presidencial". Aquí puede darse por terminada la coalición de Weimar, que desde 1919 había gobernado en Alemania.

Vamos a dedicar unas líneas al actual embajador de Alemania en Turquía, que acaba de ser objeto de un atentado en Angora. El nuevo Canciller von Papen era personaje poco conocido fuera de los circuitos aristocráticos, y su actuación de agregado militar en Washington estaba ya casi olvidada. Era católico, pero del ala derecha del partido. Era nacionalista, pero hombre de mundo. Era enérgico, pero de maneras suaves. Era, en fin, el hombre del día. Formó un Ministerio extraparlamentario, en el que

todos los titulares de las diferentes carteras eran aristócratas, y la lista dio en seguida la sensación de una reunión de la rancia nobleza alemana.

Von Papen disuelve el Reichstag y convoca a nuevas elecciones para miembros del mismo.

Hitler, infatigable como siempre, recorre por tercera vez en avión toda Alemania y en catorce días participa en cuarenta y nueve imponentes concentraciones de las masas del pueblo y en ellas pronuncia magníficos e inflamados discursos. El giro dado a la propaganda electoral por su Führer—que constituía la base de la propaganda nacionalsocialista—tiene por resultado un verdadero éxito para el Movimiento. El pueblo manifiesta sus sentimientos en las urnas y deposita 13.700.000 votos a favor de los camisas pardas, que de esta forma conquistan 230 puestos en el Parlamento. No obstante, este gran triunfo moral no basta para que el Partido se encargue del Poder a base de una mayoría parlamentaria, que sólo hubiera sido posible mediante la colaboración con otros partidos. Pero ya es sabido que Hitler se opuso siempre resueltamente a toda clase de coaliciones.

El Gobierno del Reich, bien lejano de los giros y lógicas consecuencias que habrían de desprenderse de la inequívoca manifestación de la voluntad popular, trata todavía de tener alejado del Poder al partido más numeroso y fuerte de la nación.

Ante la realidad de los hechos, von Papen ofrece a Hitler el puesto de Vicecanciller, poniendo al mismo tiempo otras carteras a disposición de su partido. El 13 de agosto de 1932 celebra Hitler su entrevista histórica con el Presidente Hindenburg, quien le confirma la proposición. Hitler pide al viejo mariscal el Poder absolutamente, siéndole denegado. Por lo tanto, Hitler rechaza la oferta que se le hace, pues él no había creado un Movimiento semejante para cubrir con su nombre los decretos de un Gobierno reaccionario.

En este mismo tiempo llega la noticia de la sentencia de Beuthen, por la que se condena a muerte a cinco camisas pardas de la Silesia. Hitler interviene rápidamente en favor de sus camaradas, apelando a la conciencia de la opinión pública y atacando la "objetividad" de un Gobierno que no sabe distinguir entre las fuerzas nacionales de un pueblo y la hez de los traidores a la Patria. Por último, anuncia y proclama la lucha de su Partido para la venganza de las vidas de aquellos cinco hombres.

La situación en el Parlamento es insostenible, pues el Gobierno contaba con la oposición del partido de Hitler. Y von Papen se ve nuevamente obligado a disolver el Reichstag y convoca nuevas elecciones. Estas se celebran el 6 de noviembre de 1932 y constituyen una disminución de votos a favor del nacionalsocialismo, y los 13.400.000 obtenidos en las anteriores elecciones se reducen a 11.800.000, y los 230 representantes del Partido se quedan en 196. Pero son los suficientes para imposibilitar el desarrollo del Gobierno de von Papen, quien presenta la dimisión.

La negativa de Hitler, enérgicamente mantenida, de no contentarse con la Vicecancillería y los procedimientos dictatoriales del Gobierno, habían producido en muchas personas la impresión de que Hitler dejó pasar el momento favorable y de que su Movimiento había iniciado ya el descenso. Pero todas estas opiniones de los adversarios tuvieron pronto, mucho antes de lo que ellos pensarán, una confirmación adversa. Adolfo Hitler esperaba con sangre fría y gran serenidad que llegase "su hora". Y llegó.

Al Gobierno de von Papen había sucedido uno dirigido por el general Kurt von Schleicher, que duró desde el 4 de diciembre de 1932 al 28 de enero de 1933, es decir, cincuenta y cinco días. Schleicher soñaba con la creación de un nuevo sistema, prescindiendo de los partidos y apoyándose en los Sindicatos, lo mismo en los cristianos que en los socialistas. Pero Hindenburg juzgó peligrosa la experiencia del Canciller efímero y se negó a ratificarle su confianza. Su caída fué fulminante.

Hasta entonces fueron hechas todas las combinaciones, las que por ingeniosas que fueran resultaban impracticables con el tiempo. Y al ser agotadas todas estas combinaciones y permutaciones se recurre al hombre que pocos años más tarde habría de hacer de Alemania la potencia más fuerte de Europa y del mundo.

Se llama con urgencia a Hitler. Hindenburg le manifiesta que "no podía confiar a un jefe de partido la dirección de un gobierno presidencial, ofreciéndole el nombramiento de Canciller en un Gobierno parlamentario". Y agregó: "El éxito de su misión está en manos de Dios. Pero sea cual fuere el resultado de sus negociaciones, mi puerta queda de todos modos abierta para usted desde este momento."

Seguidamente hay un cambio de correspondencia entre el Palacio de la Presidencia y el Kaiserhof, cuartel general de Hitler. Este no acepta el Poder en tales condiciones. Y al caer el general Schleicher—caída que fué preparada por von Papen, quien trabajó febrilmente para realizar el gran sueño de Hindenburg: la concentración de todas las fuerzas nacionales del pueblo, y se esforzó para conciliar los

puntos de vista de Hitler con los del jefe nacionalista Hugenberg, lográndolo — el Presidente del Reich recibe el 30 de enero de 1933, y a un mismo tiempo, a Hitler, a von Papen y a Hugenberg, confiando al primero, con la dignidad de Canciller, la dirección de un Gobierno de concentración nacional.

Cuando el viejo mariscal Hindenburg, al estrechar las manos de los tres representantes de la nueva Alemania, inundó de alegría su rostro, curtido en los campos de batalla y que el héroe de Tannenberg y de los lagos Masurianos durante varios años ensombreció, Hitler no pudo reprimir el grito que desde hacía catorce años había lanzado como un conjuro y exclamó:

"¡Alemania ha despertado!"

El Movimiento hitleriano en Austria.—Constantes y magníficos triunfos de Hitler en la política interior y exterior.

En 1932 hizo su aparición en Austria el Movimiento hitleriano, que rápidamente engrosaba sus filas con numerosos y fanáticos militantes. Con el triunfo de Hitler en Alemania en 1933 el desarrollo del Movimiento nacionalsocialista austríaco se manifestaba cada día con mayor potencia, y buen ejemplo de ello son las grandes formaciones y manifestaciones que en todo el país se celebraban y a las que asistían millares de personas. Asimismo celebraron diversas manifestaciones a favor del "Anschluss", que inquietaron al Gobierno de Dollfuss por su enorme trascendencia. La actividad de los nacionalsocialistas austríacos era de un dinamismo arrollador. Y comenzó así una lucha a muerte por la consecución del fin supremo de Hitler: la unión de Austria y Alemania. "Pueblos de una misma sangre corresponden a una patria común", había dicho. Y por eso no era extraño que los alemanes de Austria luchasen por la unión de los dos Estados germanos en uno solo.

Antes de la subida de Hitler al Poder el constante y progresivo desarrollo de su partido produjo una gran reacción en los adversarios y muy especialmente en el comunismo. El partido comunista contaba en 1932 con cerca de un millón de hombres organizados e instruidos. Hitler vió desde el primer momento el peligro de esta amenaza bolchevique y se decidió a dar el golpe mortal que el comunismo ha sufrido en la Europa central. La rabia y el odio de los comunistas alemanes se concentraron sobre las Secciones de Asalto y demás organismos nacionalsocialistas. Esta era la situación en 1932. El avance incontenible del partido de Hitler representaba para el comunismo una cuestión de vida o muerte. Y así, en septiembre de este año, la XII Asamblea plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista reunido en Moscú declaró oficialmente que se aceleraría extraordinaria y rápidamente el movimiento revolucionario en Alemania y que se esperaba de una forma clara el choque más violento de los antagonismos de clase. Pero Hitler resolvió la lucha a su favor en los decisivos días de 1933. Y el aniquilamiento del comunismo fué una consecuencia inmediata del triunfo del nacionalsocialismo.

Constituido el nuevo Gobierno del Reich presidido por Hitler y eliminado al mismo tiempo el antagonismo existente entre los Gobiernos del Reich y Prusia, se creó por vez primera la base para poder iniciar una política nacional y eliminar la actividad de los enemigos del pueblo.

Al mismo tiempo desaparecieron todos los obstáculos que hasta entonces habían sido puestos para que Hitler desarrollara la propaganda de su partido. Hasta aquel momento nunca tuvo él la posibilidad de hacer llegar por medio de los altavoces de las radios su cálida y revolucionaria palabra al más remoto caserío de Alemania. Y a partir de este día sus discursos, llenos de una indomable voluntad de libertad y de fe en los destinos de su Patria y pronunciados en grandiosas manifestaciones, provocaron tempestades de entusiasmo.

El primero de febrero de 1933, es decir, a los dos días de haber asumido las riendas del Gobierno, hizo un llamamiento al pueblo alemán. "El Gobierno nacional—dijo—considera como su primera y principal misión el restablecimiento y la unidad en el espíritu y en la voluntad de nuestro pueblo. Cuidará y fundará los cimientos sobre los que ha de levantarse la fuerza de nuestra nación. El cristianismo, como base de nuestra nación, como base de nuestra moral, y la familia como célula germinal del pueblo y del Estado, gozarán de su protección más decidida. Devolverá, por encima de todas las clases y estamentos, a nuestro pueblo la conciencia de su unidad nacional y política. Respetará nuestro gran pasado y el orgullo por nuestras viejas tradiciones, haciendo de ellos la base para la educación de la juventud alemana. Declara guerra sin cuartel al nihilismo espiritual, cultural y político. El Gobierno resolverá el gran problema de la reorganización económica de nuestro pueblo por medio de planes cuatrienales. Protegerá eficazmente a la clase campesina, a los obreros alemanes mediante una campaña enérgica y general contra el paro forzoso.

En catorce años los partidos de la revolución de noviembre arruinaron a la clase campesina y crearon un ejército de millones de obreros parados. El Gobierno arrancará en un término de cuatro años al campesino alemán de la miseria y resolverá definitivamente el paro forzoso. Con ello se producirán el mismo tiempo las condiciones previas para el florecimiento de las restantes actividades económicas. También se acometerá el saneamiento del Reich, de los Estados autónomos y de los Municipios, en su administración y en su sistema tributario. De esta forma será una realidad el mantenimiento del Reich sobre la base del principio federativo.

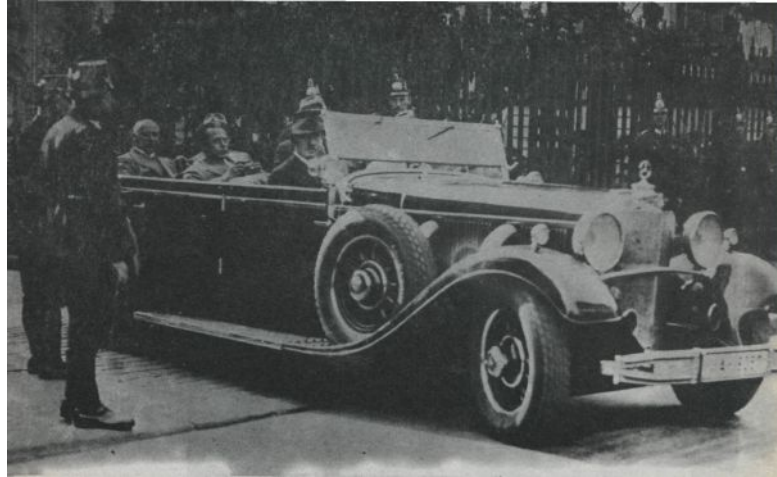


Ilustración 8. Hitler visita al Presidente Hindenburg y le pide el poder total, Hindenburg le ofrece tan solo la Vicepresidencia y el Führer la rechaza. En el automóvil de izquierda a derecha: el Dr. Frick, el prof. Hoffmann y Hitler.



Ilustración 9. Hitler dando de comer a otros de sus innumerables amigos, los perros, por los que sentía gran admiración y cariño. Su amor a los animales le llevó a hacerse anticarnívoro o vegetariano, en el sentido espiritual, para evitar la muerte de animales. Las normas y leyes proclamadas en la Alemania Nacionalsocialista no tienen precedentes, que llegaron incluso a la edición de las cartillas de racionamiento para perros en la guerra, comprendiendo las privaciones que suponía para un dueño que quisiera a su animal.



Ilustración 10. Hitler inaugurando una de las numerosas obras de reconstrucción nacional. La labor socialista ha dado comienzo, autopistas, puentes, carreteras, pantanos, nuevas y bellas ciudades, industrias, villas campesinas, etc.



Ilustración 11. Hitler en una visita al frente de combate, dando de comer a un caballo. Su gran aprecio por los animales demuestra una sensibilidad humana, muy lejana a lo ataques de cólera y de rabia que según "historiadores" le pretenden cuando veía un caballo, que -continúan- mandaba fusilar de inmediato (¡?).



Ilustración 12. Hitler visitando una nave de la Kriegsmarine saluda simpáticamente a la mascota del buque, que cuenta, como animal, entre sus grandes amigos. El Dr. Goebbels a su izquierda.



Ilustración 13. Hitler y Mussolini, durante el viaje del primero a Italia contemplan la Venus de Cánova.



Ilustración 14. Hitler saluda a los familiares de los camaradas víctimas del atentado perpetrado contra él en noviembre de 1939.

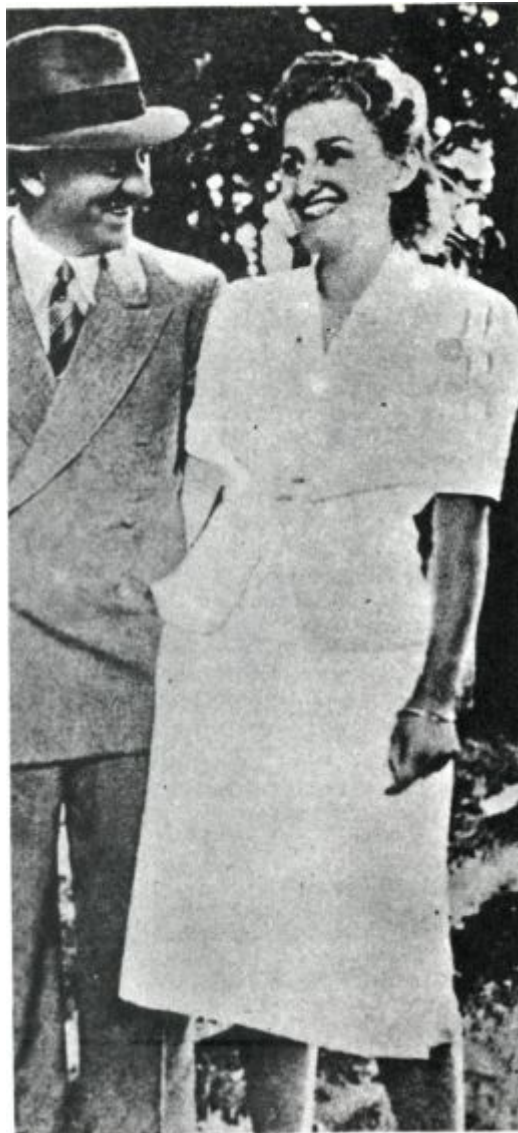


Ilustración 15. Hitler y Eva Braun en una rara fotografía.

La colonización interior y el servicio obligatorio de prestaciones del trabajo al Estado figuran entre los pilares básicos de este programa. En política exterior se defenderán los derechos vitales de nuestro pueblo, a la vez que se reconquistará su libertad. Sentimos gran amor por nuestro Ejército como portador y símbolo de nuestro magnífico pasado, pero si se fuese a la limitación de los armamentos en todo el mundo, habríamos de encontrar en ello un motivo de complacencia."

Unos días antes de la celebración de las elecciones que el 5 de marzo de este año habrían de dar el triunfo definitivo al partido de Hitler, fué incendiado, el 27 de febrero, el edificio del Reichstag. En su interior fué detenido el comunista holandés Van der Lubbe. Confesó su culpabilidad, y el 23 de diciembre del mismo año los Tribunales le condenaron a muerte. Este acto terrorista de los comunistas produjo gran indignación en el pueblo y motivó que se inclinara hacia la extrema derecha y más concretamente hacia el partido de Hitler.

La tempestad de entusiasmo que levantaban las palabras del Canciller alcanzaron su punto máximo en la víspera de las elecciones al Reichstag. Esta jornada es conocida por "el día del despertar de la nación". En esta fecha Hitler se dirigió al pueblo alemán desde una aldea de la Prusia oriental. Su voluntad de vencer, su anhelo de libertad, su afirmación de fidelidad al germanismo, hicieron que millones de corazones palpitasen con una fe nueva.

Doblaron al vuelo las campanas, fuegos artificiales se encendieron en los montes, en las aldeas y en las ciudades; en todas partes flameaban al viento las banderas hitlerianas, el júbilo de la multitud era indescriptible. Tal y como proféticamente anunció en su canción el inolvidable Horst Wessel, el joven poeta del nacionalsocialismo asesinado por los marxistas.

El 5 de marzo el nacionalsocialismo alcanzó una victoria que sobrepasó todos los cálculos más optimistas: 17.300.000 votos, es decir, el 41 por 100 del total de electores alemanes se declararon a favor de Adolfo Hitler, cuyo nombre encabezaba las listas del Partido en todos los colegios electorales. El N. S. D. A. P. obtuvo 288 actas de diputados. Y como el "Frente de combate negro-blanco-rojo" había alcanzado el 1,8 por 100 de los votos, el Gobierno aseguró la mayoría con el 52 por 100.

El marxismo sufrió en esta ocasión una dura derrota. Los comunistas perdieron veinte puestos en el Parlamento; el resquebrajamiento de la socialdemocracia era completo; el centro perdió su posición política de "partido clave". Sola y victoriosa flameaba la bandera de la cruz gamada. El Gobierno decidió continuar su camino, el único que podía conducir a la libertad de la nación.

Como ya hemos dicho al principio de esta biografía, la herencia que recibió Hitler al subir al Poder fué una nación convertida en un montón de ruinas. Una verdadera anarquía política imperaba en el país; la economía estaba destrozada; el hambre y el paro alcanzaban proporciones alarmantes; las fábricas y las empresas cerraban sus puertas; la miseria más grande se cernía sobre los campesinos; siete millones de obreros parados deambulaban por las calles de las ciudades y de los pueblos...

Pues bien, con el advenimiento del nacionalsocialismo cesaron bruscamente las divergencias existentes entre los distintos Estados alemanes y desaparecieron virtualmente los "países". Lo que Bismarck, el Canciller de Hierro, no había podido realizar en un cuarto de siglo, lo consiguió Adolfo Hitler en pocos días. El federalismo, tan inquietante para la unidad del Reich, es ya una cosa pasada, y toda Alemania se ha fundido en un gran Estado nacional, sin particularismos.

El 21 de marzo de este año, Hitler declaró en Potsdam que su fin era restablecer en la nación alemana la unidad de pensamiento y voluntad; "conservar los eternos fundamentos de nuestra vida, es decir, nuestra personalidad como pueblo y las energías y valores a ella inherentes; establecer un Gobierno firme que nos devuelva una inquebrantable autoridad; tomar en cuenta todas las experiencias que en la vida individual y colectiva, así como en la económica, hayan demostrado en el curso de los milenios su carácter beneficioso para la humanidad".

El Reichstag se reúne en una memorable sesión el 23 de marzo para aprobar la "Ley de plenos poderes" a Hitler, al Führer, quien pidió cuatro años de plazo para realizar su magno programa y salvar al pueblo alemán. En dicha sesión pronunció un discurso, diciendo que al propio tiempo que la desinfección política de la vida pública, procurará el Gobierno del Reich un enérgico saneamiento moral del pueblo. "Al hacer público este fin, crea y fija las condiciones indispensables para una profunda y verdadera vuelta a la vida religiosa. El Gobierno ve en las confesiones cristianas los factores más importantes para el mantenimiento de nuestro pueblo. Su preocupación es la sincera colaboración entre la Iglesia y el Estado. La lucha contra una ideología materialista en beneficio de una verdadera comunidad popular sirve los intereses de la nación alemana, al igual que el bien de nuestra fe cristiana."

El 10 de mayo se celebra en Berlín el Congreso del Frente de Trabajo alemán, creado por el nacionalsocialismo. En él hizo uso de la palabra el Führer, quien, entre otras cosas, declaró que "Bismarck dijo que el liberalismo era el entrenador de la socialdemocracia. Pero la socialdemocracia es el entrenador del comunismo, y éste a su vez, es el entrenador de la muerte, de la muerte del pueblo, de la ruina".

Hitler acomete el problema pavoroso del paro. Con este fin, el 1 de junio de 1933 se promulga una Ley para reducir la falta de trabajo. En virtud de ella se destinan 1.000 millones de marcos para el fomento de determinadas obras públicas; se dispone la exención de tributos a título de compensaciones; se admiten donaciones voluntarias para el desarrollo del trabajo nacional; se tiende a limitar las actividades de los elementos trabajadores femeninos a sus labores domésticas y se protege el fomento del matrimonio. Sucesivamente se promulgan otras leyes destinadas al mismo fin, o sea a combatir el paro.

El 6 de julio, Hitler recibe en la Cancillería a los gobernadores regionales y les dice: "Han sido eliminados los partidos políticos. Sólo existe el nacionalsocialismo, que es el que gobierna. Este es un acontecimiento histórico, de cuya importancia y alcance muchos no se dan perfecta cuenta. Debemos realizar la Revolución. Esta no es ningún estado permanente, ni debe convertirse en estado duradero. La corriente libre de la Revolución debe ser conducida al lecho seguro de la evolución. Nuestra misión es: trabajar, trabajar y trabajar. Del trabajo obtendremos la más fuerte autoridad. El programa nacionalsocialista no se ha creado para hacer hermosos gestos, sino para conservar la vida al pueblo alemán. No procederemos como locos y revolveremos todo, sino que realizaremos prudente y precavidamente nuestro ideal."

Continúa la lucha contra el paro, y buena prueba de ello son las Leyes del 15 de julio y 21 de

septiembre de 1933. En virtud de estas leyes y de las anteriores, se ha logrado dar ocupación y pan a varios millones de hombres. Hitler espera que muy pronto no existirán parados en Alemania, y con este fin dictará y firmará leyes por las que hallarán trabajo no sólo los obreros, sino los pertenecientes a otras clases sociales y en cuyas profesiones no encuentran ocupación. Hitler procede enérgicamente contra los salarios o ganancias múltiples. Pero todavía habría de dar un paso más avanzado en este aspecto. Se crea el Servicio Social de Trabajo, dando con ello realización a sus palabras de "yo levantaré, en la nación, el edificio del obrerismo". En virtud de este Trabajo Social, el trabajador, el estudiante, el labriego, el empleado, ricos y pobres, todos vistiendo igual, comiendo la misma comida, hacen el mismo servicio, como servicio de honor para el pueblo y la patria comunes. La organización de esta institución es magnífica. Por medio de la misma se ampara y protege al obrero. Una de las medidas más interesantes es la creación de una organización que se encarga del tiempo libre de que dispone el obrero alemán para ocuparse de él en estas horas de descanso, que se conoce por el nombre de "Fuerza por la Alegría". Al mismo tiempo se crea la organización "Auxilio de Invierno", que con gran previsión hasta en los más mínimos detalles se encarga de que todos los fondos recaudados vayan a parar a las manos de los necesitados. A esta obra contribuyen desde el primer momento todos los alemanes con gran entusiasmo y en la medida de sus medios económicos, ya que se trata de beneficiar con su sacrificio a los hermanos que se encuentran sin trabajo.

Pero también junto a esta lucha contra el paro forzoso, Hitler inicia otra no menos enérgica contra el principal enemigo de la raza alemana y de todo el mundo, como es el judaísmo. En aquellos tiempos todos los puestos más elevados de las diversas manifestaciones de la nación se encontraban en poder de los judíos.

Ya desde bien joven se despertó en Hitler su odio profundo contra los semitas. Durante su estancia en Viena adquirió los primeros folletos antijudaicos y pudo profundizar en los conocimientos que ya tenía sobre el desarrollo y fines del judaísmo. "El Estado judío—ha dicho el Führer—no se encontró nunca limitado en un territorio, sino universalmente ilimitado en su extensión territorial. Sin embargo, se limitó a la concentración de una raza. Y por ello ha constituido siempre un Estado en los diferentes Estados."

Hitler considera al semitismo como un peligro para su pueblo y cree hacerse intérprete de las intenciones del Creador al decir: "El que se defiende contra los judíos, combate por la obra del Señor".

Y si las cifras de judíos existentes en esta época en Alemania no son del todo alarmantes—600.000 personas pertenecientes a esta raza habitaban en Alemania, constituyendo, por lo tanto, el 1 por 100 de la población total—, significa en cambio un gran peligro el hecho de que la mayoría de ellos hayan tomado importantes posiciones, mejor dicho, cargos directivos en todas las actividades políticas, sociales, culturales, económicas, industriales, etc., de la nación.

Y ante este gran peligro que se cernía de forma amenazadora sobre su pueblo, Hitler comienza la lucha contra el mismo, que años más tarde sería desterrado definitivamente de Alemania.

Por lo que se refiere a la política exterior, Hitler da también en este año pruebas de su energía. Efectivamente, ante el resultado nulo de la Conferencia del Desarme, reunida en Ginebra el 2 de febrero de 1932, Alemania decide el 14 de octubre de 1933 separarse de dicha Conferencia y asimismo de la nefasta Sociedad de Naciones. Como es sabido, en la Conferencia del Desarme las potencias que asistieron a la misma reconocieron en un principio al Reich el derecho de igualdad en el terreno de los armamentos. Esta promesa fué hecha cuando von Schleicher era Canciller, o sea en 1932. Pero al año siguiente cambiaron de parecer. El advenimiento del nacionalsocialismo les indujo a este cambio de actitud. Alemania anuncia que no volverá a Ginebra si no son cumplidas las promesas que sobre el derecho de igualdad hicieron las potencias aliadas en 1932. Alemania anuncia igualmente que no puede estar desarmada cuando las demás naciones se arman fuertemente.

La enérgica posición de Hitler y de su Gobierno fué aprobada por el pueblo en el plebiscito celebrado el 12 de noviembre de este mismo año. El 93,5 por 100 de electores votó a favor de Hitler. Ya no existen casi disidentes; los obreros en masa se adhieren al nuevo régimen que les da pan, trabajo, dignidad y que anhela que la nación ocupe el puesto que le corresponde en el concierto internacional. La transformación sufrida ha sido tan magnífica y tan rápida, que se está frente a otra Alemania.

Al cumplirse el año de su subida al Poder, Hitler pronunció el 30 de enero de 1934 un interesante discurso ante el Reichstag. Entre otras cosas, dijo que el movimiento nacionalsocialista no es monárquico, ni tampoco es eminentemente republicano. Ha restablecido la bandera del Imperio, pero ha suprimido las sociedades monárquicas. Agregó que "las estirpes alemanas son los cimientos, queridos por Dios, de nuestro pueblo; son partes de nuestra sustancia y permanecerán, por lo tanto, mientras

haya un pueblo alemán. Por el contrario, las formaciones políticas de los diferentes Estados—refiriéndose a los del Reich—son productos de actos de hombres en pasados tiempos, son obra humana, y por consiguiente, perecedera". También protestó contra la afirmación de que Alemania no puede volver a ser feliz más que bajo sus casas reinantes. "¡No! Somos un pueblo, y en un Reich queremos vivir."

Refiriéndose al triunfo del nacionalsocialismo, Hitler declaró que a partir de 1930 no había más que un dilema: el triunfo del comunismo, como lógica continuación del proceso iniciado y con todas sus incalculables consecuencias para el mundo entero, o que el nacionalsocialismo triunfase en el último momento sobre el internacionalismo adversario. Y es por esto por lo que Hitler muestra su satisfacción, ya que con su triunfo ha evitado el desarrollo de un proceso que hubiera dado el definitivo golpe de gracia a la última esperanza de la curación de las -dolencias de nuestros tiempos.

En este aspecto, la Iglesia ha de mostrarse reconocida al hitlerismo, pues cabe preguntarse: ¿Qué hubiera sido de la Religión, de la Iglesia, en caso de un triunfo bolchevique en Alemania, con sus ideas materialistas?

Resumiendo la política exterior del Gobierno, Hitler dice que Alemania debe volver a ocupar la posición que merece, y aspira a la unión de todos los alemanes, pero no a la germanización de otros pueblos.

El 26 de enero, es decir, cuatro días antes de pronunciar este discurso, Alemania llegó a un acuerdo directo con Polonia. En él se establece que durante diez años será eliminado todo pleito territorial entre las dos naciones. Hitler desea llegar también a un acuerdo con los demás vecinos, incluida Francia. La política exterior del Führer es la siguiente: "Francia teme por su seguridad. Nosotros no la amenazamos y estamos dispuestos a demostrarlo. Exigimos la igualdad de derechos. Nadie en el mundo tiene derecho a negársela a una gran nación y nadie será capaz de impedirlo a la larga. Sin embargo, no pierdo la esperanza de poder llegar a una verdadera reconciliación entre Francia y Alemania. Si ello se lograra, la paridad de derechos, firmemente exigida por Alemania, será considerada en Francia como el derecho natural de un gran pueblo, con el que tiene innumerables intereses comunes."

Sigue disminuyendo el paro obrero. En el primer aniversario del advenimiento del nacionalsocialismo, los siete millones de obreros desocupados quedan reducidos a tres millones. Y es en este momento cuando Hitler inicia su anunciada ofensiva general para resolver definitivamente este grave problema. Comienzan a realizarse fantásticas obras públicas, se procede a la instalación de líneas de autobuses y ferrocarriles nacionales, se protege al campesino, diariamente abren sus puertas nuevas fábricas e industrias. Asimismo las obras hidráulicas, los pantanos, los puentes, los canales, drenajes, colonización, etc., etc., forman parte de este vastísimo programa.

Nos vamos a ocupar nuevamente de Austria, porque el desarrollo de la política de este país va aparejado al de la nación alemana. En 1934 continuaba acrecentada la lucha entre los nacionalsocialistas austríacos y las fuerzas del Gobierno. Los primeros deseaban, y para ello estaban dispuestos a dar sus propias vidas, la conclusión del Anschluss, y el Gobierno reprimía enérgicamente su acción. Como es natural, Hitler, cuyo sueño dorado era también igual que el de sus compatriotas, no podía asistir como mero espectador a esta lucha, respecto a la cual había dicho: "Es natural que la idea que abarca y mueve hasta lo más profundo de toda la nación alemana, no se detenga en las fronteras de un país que no sólo es alemán por sus habitantes, sino que por su historia fué durante siglos parte integrante del Imperio alemán, y cuyos soldados marcharon en la Gran Guerra al lado de los alemanes."

Y para tratar de tan importante problema se traslada a Venecia el 14 de junio. En la histórica ciudad italiana celebran su primera entrevista personal los dos grandes genios de Europa: Hitler y Mussolini. De este contacto entre los dos Jefes no se dio ningún comunicado; pero el ulterior desarrollo de la política austríaca puso de relieve que en dicha entrevista se había llegado a un acuerdo en tan difícil cuestión y en la que ambas potencias tenían grandes intereses.

El Jefe del Estado alemán.—El Tratado de Versalles.

Cierto día, el 1 de julio de 1934, las primeras planas de los periódicos de todo el mundo aparecieron con grandes títulos sensacionales. En ellos se daba cuenta de un sorprendente hecho acaecido en Alemania. Varios elementos que ocupaban altos puestos en las S. A. y en las S. S. intentaron dar un golpe de Estado. Pero la energía de Hitler, cuya vida estuvo también en peligro, abortó este movimiento revolucionario en unas pocas horas. Encabezaban la lista de los sublevados el ex canciller von

Schleicher ,el comandante Rohm y otros jefes de las citadas organizaciones nacionalsocialistas.

El fin perseguido por estos rebeldes era no sólo el de eliminar el régimen nacionalsocialista, sino el de atentar contra la vida personal de Hitler. Este pronunció trece días después de la represión un discurso en el Reichstag. Dió cuenta de las medidas que había tomado para exterminar totalmente la intentona, de la que tuvo noticias bastantes días antes de que se produjera. Asimismo advirtió a todos de "que cualquier tentativa de alta traición a la Patria será reprimida sin consideración a la persona."

En el extranjero se creyó que las enérgicas medidas de represión de Hitler conducirían a éste a la catástrofe. Pero en el interior del país no compartían esta opinión. A raíz de estos hechos se consolidó aún más la posición de Hitler, que se había robustecido mucho más al realizar tan justo escarmiento.

En virtud de sus órdenes fueron pasados por las armas los cabecillas de la revuelta. Como ya es sabido—a pesar de todo lo que se dijo entonces—, von Papen no estuvo nunca conforme con este movimiento sedicioso.

Poco después Alemania había de registrar una sensible pérdida. Cuando la nación, conducida por el Führer, marchaba por el camino de su rápido resurgimiento, murió en la ciudad de Neudeck el viejo y glorioso mariscal Hindenburg. Ocurrió tan luctuoso hecho el 2 de agosto de 1931. El héroe de Tannenberg, al abandonar la vida terrenal, no pudo ver el desarrollo final de su Patria. Pero estamos seguros que murió tranquilo porque sabía que dejaba al frente de Alemania, por la que tanto había luchado lo mismo en el Ejército que en la política, al hombre capaz no sólo de evitar su derrumbamiento, sino de reconstruirla y elevarla hasta darle el prestigio y la fama de que gozó durante siglos y que en los pocos años de dominio marxista había perdido. La fecha en que Hindenburg llamó a Hitler para encargarle la formación de un nuevo Gobierno, fué histórica y trascendental no sólo para Alemania, sino también para el mundo entero.

Como era de esperar, y como todo el pueblo lo deseaba ardientemente, a la muerte de Hindenburg ocupó la Presidencia del Reich el desconocido soldado de las trincheras de Yprés, Adolfo Hitler. Su exaltación al más elevado cargo del Estado se verificó el 19 de agosto del mismo año.

Comienza el año 1935 con un importantísimo episodio para la historia de Alemania. El 13 de enero es el día señalado para la gran consulta en la que la población del Sarre había de decidir, en virtud de lo dispuesto en el Tratado de Versalles, su porvenir. Se trataba de saber si querían o no unirse a su Patria alemana. El plebiscito se celebró sin incidentes y fué un gran triunfo para el Reich. Los alemanes residentes en el Sarre estaban decididos a volver a su madre Patria, porque ésta encontró al hombre que le había salvado de la catástrofe en que los precedentes Gobiernos democráticos la sumieron. El 90,36 por ciento de los votos fué favorable a Alemania. Y en virtud de este resultado el Reich entró en posesión de este territorio el 1 de marzo del mismo año.

Hitler pronunció una alocución dando las gracias a la población del Sarre por el testimonio de fidelidad hacia la Patria. "El destino ha querido—dijo—que fuera la razón reflexiva la que pusiera fin a este estado de cosas tan insensato como triste. La letra de un Tratado que prometió llevar la paz al mundo sólo produjo infinitos sufrimientos y discordias ininterrumpidas. Por ello estamos orgullosos de la voz de la sangre que el día 13 de enero ha hecho una imponente profesión de fe." Aseguró Hitler que una vez resuelta la cuestión del Sarre Alemania no presentará ya a Francia ninguna reivindicación territorial.

Al celebrarse el segundo aniversario del triunfo nacionalsocialista, el 30 de enero desfilan ante Hitler las Milicias Pardas. Miles y miles de jóvenes que más tarde habían de integrar el Ejército alemán, pasan ante el Führer, quien brazo en alto saluda a los viejos estandartes de la Revolución. Este segundo aniversario lo dedica Alemania para rendir tributo de admiración a su Führer y a sus "soldados pardos". "Dentro de su uniforme—dice la voz encendida de gratitud del pueblo—desaparecen las divisiones artificiosas para reconocer solamente una: la que otorga el propio valer. Veréis á los "soldados pardos" en todos los lugares y siempre al servicio de la comunidad nacional: recogen donativos para las grandes obras de caridad, invitan a conferencias y actos donde se explican las doctrinas del Partido, investigan los motivos de queja con que a ellos acude el pueblo, están en los grandes talleres, mediadores en pugna constante con los impacientes de un bando y la obstinación del otro. Inspeccionan, ayudan, recogen los anhelos del artesanado. En los campos y en las granjas divulgan las útiles enseñanzas agrarias y corrigen los errores con el criterio de la experiencia. En la prensa y en los mítines predicán cómo se hace Patria. La fe y la disciplina les mueven. Una orden, y forman en fila. Una orden, y forman un pueblo. Así son los soldados pardos del Tercer Imperio. Al igual que antaño, luchan y defienden la obra de Hitler. Son soldados políticos sin más armamento que uno invencible: su propio ejemplo." Es a estos soldados y luchadores, al frente de los cuales figura Adolfo Hitler, a quienes la nación alemana

rinde homenaje de devoción en el segundo aniversario de su lucha por la paz y la Patria.

Pero, como es natural—claro está, natural por lo que se refiere a las potencias democráticas— las demás naciones no veían con agrado el rápido y maravilloso resurgimiento que en todos los campos se realizaba en Alemania merced a la sabia política de Hitler. Y se disponen a debilitar con todos los medios a su alcance la potencia de dicha nación. Son Francia e Inglaterra las que toman la iniciativa. Tratan de atraerse a su órbita a todos los países y especialmente a Rusia y a Italia para cercar al Reich. Pero surgen divergencias y no se llega a un acuerdo.

Mientras tanto, Alemania, al propio tiempo que organiza su economía, atiende a la defensa nacional. Varias son las medidas tomadas en este aspecto. Quizás la más importante fué el restablecimiento del servicio militar obligatorio.

El 15 de marzo de 1935 los franceses dieron un paso muy arriesgado en sus medidas bélicas. La Cámara de Diputados votó en este día la ley por la que implantaba el servicio militar obligatorio de dos años en Francia. Ni que decir tiene que tal decisión iba dirigida única y exclusivamente contra Alemania. ¿Cómo reaccionó ésta?

A las veinticuatro horas justas del acuerdo adoptado por la Cámara de Diputados de Francia, Hitler declara, con un gesto enérgico de hombre de Estado, que "también él, a pesar del Tratado de Versalles, establecía el servicio militar obligatorio de dos años en Alemania y que las fuerzas del Ejército alemán contarían con treinta y seis divisiones en tiempos de paz, así como que los decretos y disposiciones militares serían sometidos a su firma. Además, se promulga una orden para la realización práctica de la libertad de acción de Alemania en materia de armamentos".

La decisión de Hitler promovió la protesta de los países firmantes del Tratado de Versalles. Hubo cuarenta y ocho horas de asombro internacional y se temió la declaración de guerra. En virtud del acuerdo adoptado por el Gobierno de Hitler, Alemania rompía las cláusulas del Tratado de Versalles.

Francia mandó al Gobierno del Reich una nota enérgica. En Inglaterra se reunieron los Comunes y acordaron pedir explicaciones a Alemania. De aquí nació la Conferencia que en Berlín celebraron Sir John Simón y Edén con Hitler y su ministro de Negocios Extranjeros, que entonces era von Neurath. Hubo necesidad de dos reuniones para llegar a un acuerdo. En la primera Hitler hizo una exposición de su plan, afirmando que quería la paz.

Mas era necesario tener en cuenta la situación geográfica y diplomática de Alemania. Y en la segunda dijo el Führer que la posición de Alemania respecto al restablecimiento del servicio militar obligatorio era definitiva. El Reich —agregó—discutirá esta cuestión únicamente si se le reconoce la paridad militar y aérea con la potencia continental más armada. Por lo que se refiere a los armamentos navales declaro que Alemania construiría una flota de 400.000 toneladas.

Al romper Alemania las trabas militares de Versalles no hizo más que seguir el camino que los aliados le habían enseñado. Alemania no quería ser un país desarmado en medio de potencias armadas hasta los dientes. "Si todos desarman—esta era la tesis de Hitler- , mejor. Si nadie desarma, Alemania aumentará sus propios armamentos." Con esta decisión ponía fin Hitler a uno de los Tratados que ya desde hacia mucho tiempo se habían convertido en obsesión suya-. El Tratado de Versalles era una gran humillación para el pueblo alemán. Además, ha sido el mayor fracaso, pues si bien es verdad que Alemania ha sido tratada con mucha severidad, su unidad ha sido respetada y se le ha permitido su desarrollo hasta la recuperación de todas sus fuerzas. En este Tratado se decía también que el desarme de Alemania no sería nada más que el primer paso hacia el desarme total. Y esto no se cumplió. Por el contrario, a partir de la Conferencia del Desarme de 1932 las naciones desembocaron en una loca carrera de armamentos.

Y pese a las protestas y a las reuniones, no ocurrió nada. Alemania decide armarse como cree conveniente, ya que no teme inmediatas complicaciones diplomáticas. Hitler es un estadista seguro de sí mismo y sabe adónde va y cómo procede. Por lo tanto, no pasa nada... de momento.

Sin embargo, las democracias no se resignan a dar por perdida la partida. En abril de este año se celebra la famosa Conferencia de Stressa. El fin perseguido en la misma es el de aislar completamente a Alemania. Pero Hitler no permanece tampoco inactivo en este campo de la diplomacia y en poco tiempo se pondrían de relieve la sagacidad y la energía de los diplomáticos alemanes. Y mientras se llevaba a cabo esta farsa ginebrina, Hitler recibe el día de su cumpleaños, el 20 de abril, un simbólico regalo. Sus admiradores le entregan varios aviones de caza, que él destina al Ejército del Aire. Y al recibirlo, refiriéndose a los de Stressa, dijo: "¿Y quién autoriza a esas naciones para erigirse en jueces de Alemania?"

El 21 de mayo es nombrado comandante en jefe del Ejército alemán el Führer-Canciller. Al mismo tiempo se reconoce que el servicio de trabajo obligatorio constituye un período preliminar del servicio activo militar. En los astilleros, en las industrias y en las fábricas de guerra se trabaja febrilmente en la construcción de armamento para la Marina y para los Ejércitos de Alemania. Son botados los primeros submarinos. Una ley obliga a la defensa antiaérea lo mismo a los alemanes que a los extranjeros residentes en este país. En noviembre se da al Ejército y a la Marina el nuevo pabellón de guerra. Las fábricas lanzan diariamente al servicio activo aviones y más aviones de todos los modelos...

A finales de 1935 comenzó, como es sabido, la guerra entre Italia y Abisinia. En este conflicto Hitler dió una vez más pruebas de sus grandes dotes políticas y de su magnífica visión realista. Italia, igual que Alemania, sufría las consecuencias del exceso de la población y escasez de territorio. Por lo tanto, necesitaba tierras para colonizarlas. Al estallar el conflicto entre las fuerzas fascistas y las del Negus, las naciones se alarmaron. Se reunió—¡cómo no!— la Sociedad de Naciones, se acordó la aplicación de sanciones a Italia, se habló por mucho tiempo del embargo del petróleo. Entre tanto, las tropas del Duce iban conquistando tierra etíope hasta llegar a la ocupación total de Abisinia. Por cierto que cuando el Ejército italiano llegó al corazón de dicho país, todavía se discutía en la Sociedad de Naciones si se debía o no aplicar a Italia el embargo del petróleo. Como decimos, en este conflicto Hitler puso de relieve su magnífica visión. Alemania no sólo no se asoció a la política de sanciones, sino que le pareció justa la causa de Italia, colocándose a su lado. Italia no olvidó ni olvidará nunca este gesto del Führer y de su pueblo. De aquí nacieron los lazos de amistad que más tarde habrían de convertirse en un pacto guerrero.

También en este mismo período Alemania comenzó la conquista del aire. Dos grandes y magníficos trasatlánticos aéreos, los dirigibles "Graff Zeppelin" y el "Hindenburg" cruzaban y volvían a cruzar el Atlántico poniendo en comunicación rápida dos continentes. Varios fueron los records que batieron y ellos eran el máximo exponente de la potencia aérea que había adquirido ya Alemania. Unos y otros—los records y los dirigibles—fueron la maravilla del mundo en este año.

Alemania parece un mar de banderas en el III aniversario de la subida de Hitler al Poder. De todas partes de la nación acuden millares de nacionalsocialistas para escuchar el discurso que en este 30 de enero de 1936 ha de pronunciar el Jefe del Partido. En efecto, Hitler dirige la palabra a sus camaradas. "Para extenderse en consideraciones—dice—sobre el pasado habría que ir más lejos del año 1933, ya que lo que para muchos ha sido una sorpresa, un milagro, era para nosotros y para los numerosos ex combatientes la obra de la realización, el fruto de una lucha de catorce años. Todo lo que sois, lo sois por mí, y todo lo que soy os lo debo a vosotros. El 30 de enero de 1933 no fué un regalo del cielo; tuvimos que pagar un tributo sangriento y amargo. Lo mejor del pueblo alemán marchaba ya entonces en nuestras filas. Muchos han venido después a nosotros y los pocos adversarios que tenemos todavía hoy, lo son no porque seamos nacionalsocialistas, sino porque hemos hecho de nuevo a Alemania fuerte y libre. Han estado siempre contra la Patria. No encontraron nunca el camino que conduce hacia nuestro pueblo y podremos pasar sin ellos."

Después agregó: "Alemania no volverá a caer más en la vergonzosa situación de otro tiempo. Sois los mejores garantizadores de este hecho. Queremos vivir como pueblo fuerte y libre, pero también como pueblo pacífico. Buscamos la paz, porque la amamos, pero queremos nuestro honor, porque no podemos vivir sin él. Alemania será pacífica como ningún otro pueblo con tal que no se toque a su honor. Será esta la condición indispensable para poder pensar en una paz sincera.

Con orgullo podemos lanzar una ojeada sobre el período transcurrido desde hace tres años. Nunca en la Historia de Alemania se han realizado tantas cosas. Habrá que contar por décadas y por siglos para comprobar resultados análogos de un alcance revolucionario tan grande. Sin embargo, no hemos recibido una herencia gloriosa, sino una herencia formada de posiciones falsas. Desde hoy afirmo que el porvenir nos exigirá nuevos sacrificios. Nuestro pueblo ya ha soportado sacrificios en el pasado que con frecuencia han sido inútiles. Por el contrario, hoy el movimiento nacionalsocialista puede dar la siguiente garantía: "Si tú, pueblo alemán, haces sacrificios, ya no serán inútiles y con ellos ganarás el derecho a una nueva vida." Por eso, nosotros queremos en este día repetir nuestro antiguo juramento de lucha sin miedo y sin temor. Adoptaremos las decisiones necesarias y abriremos camino a un gran porvenir."

En efecto, el rearme del Reich se lleva a cabo rápidamente. Pero ya es sabido que este rearme lo hacia Alemania sólo como un arma de defensa para el mantenimiento de la paz.

Además, no podía ver con absoluta indiferencia que las restantes potencias gastasen ingentes cantidades de dinero en la defensa nacional y menos aún que Francia e Inglaterra firmasen un pacto militar a principios de este año. Asimismo estas dos potencias trataron de atraerse al Japón, pero

fracasaron por la negativa de Francia, que se opuso a conceder al país del Sol Naciente la paridad que solicitaba para sus armamentos navales.

Antes de su brillante discurso conmemorativo, Hitler había declarado en una entrevista concedida al *París-Soir* que "para el bien de la humanidad es necesario que se asegure la prosperidad de Europa". Contestando a una pregunta que se le hiciera sobre las necesidades coloniales de Alemania, dijo: "Si la conciencia de los demás pueblos dejase hablar al sentido del equilibrio y de la justicia, los detalles materiales de este asunto serían fáciles de regular."

Ya en este año Checoslovaquia empezó a jugar un papel importante en la política europea, mejor dicho, en la de los países que trataban de cercar a Alemania. El vicepresidente del Consejo Nacional eslovaco anunció en una reunión de la Sociedad de Naciones que el comunismo, a las órdenes de Moscú, había instalado en Checoslovaquia una importante sucursal para amenazar a Europa. Añadió que mientras Eslovaquia estuviese en poder de los checos la amenaza comunista sobre Europa sería constante. "Hay que prevenir la catástrofe", terminaba diciendo esta personalidad eslovaca.

El Gobierno francés ratificaba el Pacto que unos meses antes había firmado con Rusia. La nación francesa estaba entregada también al comunismo y éste se extendía de una forma rápida y peligrosa por toda Europa.

Hitler, ante este peligro, ofrece el 29 de febrero de 1936 la creación de una Entente francoalemana. Este ofrecimiento del Führer causa viva impresión en el pueblo francés. Pero el Gobierno de París estaba en poder de la socialdemocracia y rechazó tal oferta.

Otro de los Tratados más humillantes para Alemania era el de Locarno. Este fué firmado por el Gobierno alemán en 1925 y es una continuación del de Versalles. En él se establece una zona desmilitarizada de 50 kilómetros de profundidad en la ribera izquierda del Rhin. Como era de esperar, Hitler decidió acabar con la existencia de tan ignominioso Tratado. En efecto, el 7 de marzo de este mismo año convoca a los cuatro embajadores en Berlín de las potencias Brillantes del Tratado de Locarno y les pone en conocimiento que Alemania ha decidido militarizar Renania. Y además nacionalizar los ríos Rhin, Danubio, Elba, Oder y Mosela. que fueron internacionalizados de acuerdo con las cláusulas del Tratado de Versalles.

Se ponen en marcha las tropas alemanas y se hacen cargo de las guarniciones de Coblenza, Colonia y Francfort. La población de estas localidades alemanas recibe a las tropas del Reich con indescriptible entusiasmo. ¡De nuevo vuelven a la madre Patria, de la que fueron separadas por el tan nefasto Tratado de Locarno!

La resuelta decisión de Hitler produjo en los signatarios de Locarno y en el resto del mundo gran asombro. Se convocó a los firmantes del mismo, se celebraron entrevistas, Francia pidió que Alemania retirase sus tropas y que si no aceptaba se le aplicaran sanciones; fueron adoptadas numerosas medidas militares, etcétera, etc.

Hitler expone las razones por las que Alemania ha tomado esta decisión. En el discurso pronunciado el 9 de marzo ante el Reichstag declaró que el Gobierno alemán se consideraba desde este momento dueño de todo su territorio y, por lo tanto, anulaba el Tratado de Locarno que le prohibía ocupar la zona del Rhin. En este mismo discurso se mostró dispuesto a entrar en negociaciones con Francia y Bélgica para concretar definitivamente sus relaciones recíprocas y se declara partidario de todos los sacrificios para garantizar la paz en Europa, pero siempre en condiciones que den al pueblo alemán libertad e igualdad de derechos. Asimismo manifiesta que quiere amistad con Francia, amistad que nunca ha dejado de ofrecerle en sus discursos y por vía diplomática, pero que Francia ha contestado a ello con la conclusión de un pacto con la Rusia soviética, pacto que exclusivamente va dirigido contra Alemania, lo mismo que Checoslovaquia, que también ha concertado un pacto con Rusia. En vista de estos pactos militares Alemania considera roto el Pacto de Locarno y se considera libre de las cláusulas del mismo.

Dos días después Hitler declaró que la zona llamada "desmilitarizada" había sido ocupada, no porque se tuviera la intención de realizar una acción ofensiva contra Francia, sino porque el mantenimiento de un sacrificio tan enorme por parte de una nación no es concebible, ni puede estar justificado más, si los demás firmantes del acuerdo diesen pruebas de comprensión.

Los firmantes de Locarno reconocen la violación de este Tratado, pero nada ni nadie hace renunciar a Alemania al derecho que tiene de ocupar territorio suyo.

Hitler habla de nuevo ante el pueblo alemán. "Espero que vendrá un día—dijo—en que no se comprenderá el porqué de los odios históricos entre los pueblos. Dos pueblos, Francia y Alemania,

perdieron en los campos de batalla lo mejor de su sangre por rectificar en unos centenares de kilómetros sus fronteras. Se me pregunta: ¿Vuestra política no os demasiado idealista? A esto respondo: No. Nuestra política es racional y, por consiguiente, realista.

Yo no renuncio a la soberanía sobre catorce millones y medio de hombres, sin compensación alguna. Nada nos hará renunciar a ello. He lanzado un llamamiento grandioso para la reorganización del mundo y quisiera que el mundo pensase tan grandiosamente como nosotros. Ofrezco la paz durante veinticinco años, es decir, por un cuarto de siglo. Esto es, más que mi generación. Mi oferta la hago por una vez y no lo será por otra.

El Gobierno alemán firmó en 1925 el Pacto de Locarno, que impuso a nuestro pueblo grandes sacrificios. Numerosos alemanes, casi tantos como el número de habitantes de Bélgica, han sufrido sus consecuencias. Francia tiene una alianza con Polonia, con Bélgica, con Checoslovaquia. Alemania no tiene el propósito de atacar a ninguna de ellas. El pueblo alemán es el más pacífico del mundo. Quiere trabajar en paz."

Para que el pueblo alemán emitiera su opinión respecto a la decisión de su Gobierno de romper con el Tratado de Locarno, se acordó que el 20 de marzo de 1936 se celebrara un plebiscito general en Alemania. Efectivamente, se llevó a cabo dicho plebiscito. El resultado demostró claramente que el pueblo alemán aprobaba casi sin excepción la política de Hitler. Más del 90 por ciento de votantes se inclinaron a favor del Führer. En 20.991 pueblos el cien por cien de los votos fueron de aprobación. Una destacada personalidad nacionalsocialista declaró con motivo de este resultado: "Alemania es Hitler. Lo ocurrido en nuestra nación demuestra al mundo entero que todos los intentos para dividir al pueblo alemán o para intimidarle con arreglo a los procedimientos de Versalles son completamente infructuosos. El mundo ha de contar con una unidad de acero como factor político, y ningún otro representante de cualquier Estado puede sentirse con tanto derecho a representar a su pueblo como Adolfo Hitler, en calidad de elegido de toda la nación alemana. Quizá este 29 de marzo hará reflexionar también a algunos escépticos del extranjero que se preguntarán si la crítica que hicieron hasta ahora de Alemania ha sido fundada. El Führer ha llamado al pueblo alemán y éste ha acudido y ha hablado. Ahora es el Estado el que ha de actuar."

No obstante esta imponente manifestación de solidaridad del pueblo alemán con su Führer, las naciones que siempre fueron enemigas de Alemania continuaron ciegas ante la realidad. No quisieron comprender que detrás de Hitler se hallaba un pueblo disciplinado de sesenta y cinco millones de habitantes dispuestos a sacrificar sus vidas por Alemania y por el Jefe que les llevaba a la victoria y a la felicidad. Hubo varias reuniones de la Sociedad de Naciones; todos los ministros de Negocios Extranjeros de los países representados en la misma hablaron sobre las decisiones que debían tomarse para contrarrestar la política de Alemania. Incluso se llegó a hablar de sanciones Pero mientras estos señores perdían el tiempo en discusiones estériles en Ginebra, Hitler desarrollaba rápidamente su plan para el resurgimiento de Alemania. Y tras muchas discusiones..., no se llegó a ningún acuerdo.

Hitler continúa reiterando el deseo de Alemania de no atacar a nadie. "Es imposible —afirma— organizar una Liga de las Naciones sobre la letra de un Tratado que desgarrar a los pueblos y los clasifica en grupos de naciones de diferente rango. Lo que queremos es reemplazar este Tratado, que el odio hizo nacer, por otro que separe los pueblos con un orden más inteligente o que los una. La única misión de los jefes políticos de un pueblo es reconocer el derecho a la vida de toda nación, teniéndolo en cuenta razonablemente en lugar de tratar de violarlo. Ofrezco, en nombre del pueblo, uno y entero, a los demás pueblos la mano para llegar a una conciliación y a un acuerdo duradero. Que el que pueda echar sobre su conciencia el peso de rechazar esta mano, lo haga, pero que entonces asuma también la responsabilidad plena ante la Historia. Durante tres años he sido el portavoz de la nación. Hoy soy igualmente el portador de la causa de la paz en Europa."

Hitler es un maravilloso orador. Hasta sus más encarnizados enemigos le reconocen el don mágico de la palabra que hechiza a las multitudes. El secreto del éxito de la oratoria hitleriana consiste en el contenido de sus discursos, que es de valor duradero y puede ser apreciado también en lo sucesivo a través de la lectura, que en muchos casos decepciona cuando se trata de discursos de oradores brillantísimos por su elocución, pero de escaso poder convincente por el frío razonamiento y cuyo éxito se funda exclusivamente en la emoción estética momentánea.

Además, hay que tener en cuenta que en el caso del público alemán es bastante más difícil llegar a convencerle. Por el contrario, los públicos meridionales son más fáciles de captar. El pueblo alemán tiene un temperamento razonador, mientras que en los pueblos meridionales prevalece el aspecto emotivo del temperamento. Prescindiendo del aspecto político de su doctrina y de su actuación, nadie puede negar que la oratoria de Hitler ha alcanzado un resonante éxito en Alemania, pues expresa, en

forma sencilla y convincente, los sentimientos de la gran masa del pueblo alemán.

A pesar de la derrota sufrida por el comunismo en algunos pueblos de Europa—en Alemania, especialmente ante la victoriosa reacción del nacionalsocialismo, y también en Hungría por la resuelta acción del Regente Horthy—, la Tercera Internacional no se dió por vencida y buscó nuevos campos donde poder maniobrar. En algunos de ellos sus operaciones fueron coronadas por el éxito. Tales son los ejemplos de Francia, Bélgica y Checoslovaquia. En otros, por el contrario, fracasaron, como sucedió en España.

La guerra de España.—Protección al obrero y a la juventud.—El Anschluss.

En julio de 1936 el General Franco, al frente del Ejército y de la mayoría del pueblo español, se levantó en armas contra el dominio comunista que llevaba, como años antes en Alemania, a la nación a la catástrofe. Se entabló una dura lucha. Los rojos apelaron inmediatamente a la ayuda de las naciones democráticas. De Francia partieron en este mismo año las famosas Brigadas Internacionales, y las restantes democracias, entre las que figuraban Inglaterra, Checoslovaquia, Bélgica y encabezadas por Rusia, se convirtieron en el arsenal del Gobierno rojo español. De estos países salieron toda clase de armamentos y municiones.

Como era de esperar, Alemania no podía permanecer indiferente ante este hecho. Sabía que el triunfo del comunismo en España hubiera representado el de Francia y el de Inglaterra, cuyo pacto militar firmado anteriormente por estas dos potencias iba dirigido exclusivamente contra Alemania. Con su característica energía, Hitler decidió contrarrestar el apoyo que las democracias prestaban a los rojos españoles. Y llegan a España, en unión de sus cantaradas italianos, los componentes de la Legión Cóndor, de tan inolvidable recuerdo para nosotros, los españoles.

Los cinco últimos años, es decir, desde 1936 a 1941, señalan una serie ininterrumpida de éxitos alemanes en todos los órdenes: en el de política interior, en el social, en el diplomático, en el militar...

Por lo que se refiere al primero, Hitler ha acabado con el pavoroso problema del paro forzoso. Justamente a los cuatro años de su subida al Poder, o sea al cumplirse el plazo que él pidió para salvar a la Patria, ha desaparecido en Alemania dicho problema. Los obreros desocupados apenas existen.

En los comienzos del año 1937 Hitler decide que el pueblo exprese su voluntad y diga si está o no conforme con su política. Se celebra un plebiscito. El resultado fué fantástico. Más del 99 por ciento de los votantes se declararon en favor de la política del Führer. Los escasos disidentes habidos eran aquéllos que Hitler llamó siempre "enemigos eternos de la Patria", los que ven con envidia e impotencia el resurgimiento de su misma nación, los traidores y los cobardes.

Uno de los mayores exponentes de la potencialidad trabajadora de Alemania y del impulso dado por Hitler en este aspecto son las maravillosas autopistas que hoy en día cruzan casi todo el territorio alemán y que son la admiración de todos los que visitan aquella nación.

Como ya hemos dicho en uno de los párrafos de esta biografía, el Estado nacionalsocialista se interesa por las horas libres de que dispone el obrero, para que pueda dedicarlas al descanso y al enriquecimiento de su cultura. Así es. Con este fin se creó la magnífica institución "La fuerza por la alegría". Ella se encarga de que el obrero aproveche dichas horas libres. A su cargo corren la instalación de bibliotecas populares, escuelas diurnas y nocturnas, centros culturales, salas de recreo y de descanso, etc., todo ello para el obrero. Al mismo tiempo construye e inaugura sanatorios, balnearios y clínicas, en donde el obrero puede descansar y ser atendido de las dolencias que padezca. En los astilleros se construyen grandes trasatlánticos para dicha institución, en los cuales disfrutan de sus vacaciones los obreros recorriendo no sólo los puertos y las ciudades de Alemania, sino haciendo viajes por el extranjero. Pero si grande es el cariño y el cuidado que la Alemania de Hitler dedica al obrero no lo es menos el que dispensa al niño y a la juventud. Para el Estado nacionalsocialista el niño es el bien precioso de la nación. Por ello protege a las familias numerosas. Procura darle, desde su nacimiento, una educación nacional en relación con sus cualidades naturales. Educación fundamentalmente física, moral e intelectual. De la educación física se encarga el Estado. En las escuelas se dedica gran atención a la gimnasia y al resto de los deportes, que luego se amplían cuando los niños llegan a la edad en que pueden ingresar en las Juventudes Hitlerianas. Al mismo tiempo esta educación física sirve de preparación militar. Los ejercicios físicos despiertan en el alma la confianza en sí mismo, la valentía, el amor a la lucha y a la vida activa. El Estado alemán procura que la educación sea dada sin distinción ni privilegios de clase.

Un alto y significativo ejemplo de esta educación física fué la Olimpiada que en 1936 se celebró en Berlín. En ella obtuvo Alemania el primer puesto, consiguiendo batir a equipos tan preparados y seleccionados como son los de los Estados Unidos, Finlandia, Suecia, Francia, Inglaterra, Canadá... El triunfo de la selección alemana causó gran sorpresa en el mundo. Pero no en Alemania, donde saben el cuidado y la atención que en este aspecto de la educación física y de los deportes dedica el nacionalsocialismo a la juventud alemana.

En el orden social se ha llevado a cabo el programa que Hitler trazó en 1933. Como ha declarado una destacada personalidad española que recientemente ha visitado Alemania. puede afirmarse que ningún país del mundo está en condiciones de mejorar el trato y garantía que recibe el obrero alemán. Las ideas sociales que teóricamente expuso Hitler en su obra y en sus discursos son ahora una realidad, de acuerdo con las enseñanzas que en su aplicación ha dado a quienes velan por la mejora del trabajador. En Alemania casi se ha logrado por completo el ideal nacional de identificar al obrero con la empresa industrial.

En 1937 empezó a desarrollarse el Plan cuatrienal. Fué encargado de su realización el mariscal Goering. Su resultado ha sido sencillamente maravilloso. Puede decirse que en Alemania no se conocen las terribles palabras "paro obrero". Este ha quedado absorbido totalmente, y ahora se trata de mejorar las condiciones de vida del obrero alemán.

En el terreno militar no creemos necesario detallar los éxitos alcanzados por el Ejército del Reich, ya que son muy recientes y están todavía grabados en la memoria de todos. Hitler sintió siempre gran devoción por el Ejército alemán. En su obra dedica palabras de elogio y de admiración hacia aquéllos que supieron dar todo por la Patria sin pedir nada. Por ello, y para la defensa del país, ha creado un Ejército que ahora es la admiración de propios y extraños. Esta magna obra la ha realizado tan sólo en el breve período de cinco años.

En este período se registran dos grandes e importantísimos hechos: La unión de Austria y Alemania y la creación del Eje.

En la primavera de 1938 se convirtió en realidad el sueño dorado de Hitler. Mediante la consecución del Anschluss desaparecieron las fronteras que dividían a los dos Estados alemanes, uniéndolos en uno solo y bajo la dirección de Adolfo Hitler. Sus palabras "pueblos de una misma sangre corresponden a una Patria común" adquieren ahora una impresionante realidad.

El recibimiento que el pueblo austríaco dispensó a las tropas del Reich fué una verdadera apoteosis. La entrada de las fuerzas germanas se realizó, como era de esperar, de un modo pacífico. Por esta fecha el desarrollo del nacionalsocialismo en Austria era extraordinario y los alemanes de este Estado querían unirse a sus hermanos de Alemania para marchar juntos a las órdenes del Führer.

Si Hitler ha experimentado satisfacciones en su lucha política, no nos equivocamos al señalar que el día en que el Anschluss fué una realidad constituyó para él la más grande alegría de su vida. Y más aun cuando de nuevo y al cabo de muchos años, pero esta vez como Jefe del pueblo alemán, entró triunfalmente en Austria.

Por lo que se refiere a la creación del Eje, la firma del Pacto de Acero entre Berlín y Roma, entre Hitler y Mussolini, los dos Jefes de idénticas revoluciones, fué para ambos países uno de los episodios más trascendentales de sus historias respectivas. En virtud de este acuerdo quedó sellada la amistad imperecedera entre Alemania e Italia. Los resultados del mismo se pondrían bien pronto de relieve con las victorias fulminantes del Eje.

La nueva guerra europea.- Hitler y Franco. El Führer y el Duce.

A finales de 1938 fué planteado el problema de los sudetes alemanes residentes en Checoslovaquia. El peligro comunista que años antes señalara ante la Sociedad de Naciones el vicepresidente del Consejo Nacional de Eslovaquia, era ya una realidad. Checoslovaquia se había convertido en la avanzadilla del peligro comunista que amenazaba con la destrucción de Europa. Dicho país había pactado con Rusia, con Francia y con Inglaterra y al mismo tiempo maltrataba a los alemanes que allí vivían. Varias veces había anunciado Hitler que de ninguna forma toleraría que sus compatriotas fuesen objeto de vejámenes y malos tratos. Sus palabras no fueron atendidas. Y como la paciencia tiene su límite, Hitler decidió actuar rápidamente. De nuevo se puso en marcha el Ejército alemán y también nuevamente su penetración en territorio situado lejos de la Patria se llevó a cabo pacíficamente. En Eslovaquia, las tropas del Reich recibieron grandes muestras de admiración y de simpatía. Después

Hitler creó el Estado eslovaco y los protectorados de Bohemia y Moravia, así como incorporó a la Patria alemana a los sudetes.

Gran revuelo produjo esta medida enérgica. Y una consecuencia inmediata de ello fué la famosa reunión de Munich. Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler fueron los protagonistas de la misma. Hitler expuso los motivos que le habían inducido a realizar la acción guerrera contra Checoslovaquia. Una vez más ofreció la paz a todo el mundo; pero, como siempre, partiendo de la base de la igualdad de derechos para la nación alemana. Sus justas y razonables palabras fueron recogidas favorablemente sólo de momento.

En efecto. El año 1939 Polonia fué la causa de la guerra actual. Dicho país no sólo dejó de cumplir las cláusulas del pacto firmado con Alemania en 1934, sino que se unió al frente formado por Inglaterra y Francia y que, naturalmente, iba dirigido de un modo exclusivo contra Alemania.

El principal fin perseguido por Hitler ha sido siempre el de reunir a todos los alemanes bajo una Patria común. Por lo tanto, habría de llegar el día en que pudiese que se reintegrara a la nación alemana el territorio que se le había arrebatado en virtud de diversos Tratados, Danzig y Memel figuraban entre las reivindicaciones alemanas. Y este día llegó. Hitler acudió al buen sentido de los hombres que regían los destinos de las diversas naciones para que de un modo pacífico se reintegrara al Reich alemán la ciudad de Danzig y se le concediera el corredor del mismo nombre que pusiera en comunicación directa a Prusia con el resto de Alemania, separados desde la terminación de la Gran Guerra por esta franja de terreno. Pero Polonia rechazó desde un primer momento esta oferta de Hitler. Contaba con el "decidido y valiosísimo apoyo" de Francia e Inglaterra, con el que pensaba destrozar y aplastar en pocos días el poderío militar de Alemania. Hitler hace un nuevo llamamiento para que la paz sea conservada. Reitera su petición y declara nuevamente que, comprendiendo la necesidad que tenía Polonia de una salida al mar, los polacos se podrán servir del puerto alemán con igual derecho y las mismas facilidades que los alemanes. Añade que si su llamamiento a la paz es desatendido cargarán con la responsabilidad que supone el comienzo de un conflicto armado aquellos hombres que así lo desearon.

Por otra parte, Mussolini hace un último esfuerzo en pro de la paz. Propone que se celebre una nueva reunión semejante a la de Munich para llegar a un acuerdo. Todo es inútil. Al mismo tiempo, y con el fin de provocar a Alemania, el Gobierno polaco inicia una campaña de sangrienta persecución contra todos los alemanes que habitaban en este país. El conflicto armado es ya inevitable.

El primero de septiembre de 1939 brota la chispa que habría de producir el incendio total de Europa. Comienzan las hostilidades entre Polonia y Alemania. Dos días después Francia e Inglaterra, en virtud de las alianzas con Polonia, declaran la guerra al Reich.

La victoriosa campaña de veinte días del Ejército alemán fué el resultado de la descabellada política de los gobernantes polacos.

Con motivo de la ruptura de las hostilidades entre Alemania y Polonia, Hitler pronunció un histórico discurso explicando al pueblo alemán las causas por las que se había visto obligado a tomar las armas contra Polonia. En él anunció también los esfuerzos hechos por Alemania para evitar este conflicto. "Me he vestido el uniforme gris—declara—, que ha sido siempre querido y sagrado, y yo lo llevaré hasta la victoria o no veré el final. A partir de este momento toda mi vida pertenece al pueblo alemán. Yo no quiero otra cosa que ser el primer soldado del Reich. Como nacionalsocialista y soldado alemán, entro en esta lucha con el corazón fuerte. Mi vida entera será dedicada a la lucha por mi pueblo, por su resurrección, por Alemania, en fin. Siempre he tenido fe en mi Patria. Hay una palabra que yo no conozco: Capitulación. Puedo afirmar al mundo entero que la historia alemana no conocerá nunca más un segundo noviembre de 1918. Estoy tan dispuesto a sacrificar en todo momento mi vida, que cualquiera puede tomársela en beneficio de mi pueblo y por la grandeza de Alemania. Yo pido que cada uno sacrifique la suya si es necesario. Pero si alguno cree poder oponerse, directa o indirectamente, a esta exigencia nacional, caerá."

Días antes, es decir, en las vísperas del conflicto, la prensa de todo el mundo publicó los textos de las sensacionales cartas cambiadas entre los ex combatientes Daladier, entonces jefe del Gobierno francés, y Hitler, jefe del Estado alemán. "Como antiguo combatiente—dice Hitler contestando a la carta que le dirige Daladier—en el frente, conozco los horrores de la guerra. Basándome en este conocimiento, me he esforzado lealmente por apartar todas las causas de posible conflicto entre nuestros dos pueblos. Con toda franqueza he prometido al pueblo francés que la devolución del territorio del Sarre sería la base de estas relaciones. Así ha sido. Usted mismo pudo convencerse, durante su estancia en este país, de que el pueblo alemán no sentía ni siente rencores ni odios contra su antiguo enemigo, valeroso y consciente de su conducta. Incluso Alemania ha llegado a la renuncia

de dos provincias que antaño pertenecieron al Imperio alemán y que más tarde fueron defendidas con gran derramamiento de sangre. Tendrá usted que reconocer, señor Daladier, que el Tratado de Versalles era insoportable." Refiriéndose concretamente al caso de Polonia, o sea al de Danzig, agrega: "Permítame que le pregunte, señor Daladier: ¿Cómo obraría usted, como francés, si por el término desgraciado de una heroica lucha fuera separada de Francia una de sus provincias mediante un pasillo ocupado por una potencia extranjera? Y ¿qué haría usted también si una gran ciudad, pongamos Marsella por ejemplo, no pudiera confesarse francesa y que los franceses habitantes de ese territorio fueran perseguidos, apaleados, maltratados e incluso bestialmente asesinados? Usted es francés, señor Daladier, y por lo tanto, yo sé cómo obraría. Yo soy alemán, señor Daladier; no ponga usted en duda mi sentido del honor y mi conciencia del deber para obrar de igual modo. Si usted tuviera esa desgracia que nosotros tuvimos, ¿comprendería que los territorios robados no pudieran reintegrarse a Francia, ni tampoco la ciudad de Marsella? Yo, por lo menos, no puedo imaginarme, señor Daladier, que Alemania luchara por tales motivos contra Francia. Puesto que nosotros todos hemos renunciado a Alsacia y Lorena para evitar derramamiento de sangre, tanto menos provocaríamos este derramamiento para mantener una injusticia que para usted sería tan insostenible como para nosotros sin importancia.

Todo lo que me escribe en su carta provoca en mí los mismos sentimientos. Quizá el ser nosotros dos antiguos combatientes del frente nos permita entendernos más fácilmente en muchos aspectos; pero le ruego comprenda también esto: que para una nación consciente de su honor es imposible renunciar a casi dos millones de compatriotas que sufren toda clase de malos tratos al lado de sus propias fronteras. Por tanto, he presentado una exigencia clara: Danzig y el Corredor deben reintegrarse al Reich. Estoy perfectamente convencido de que serían muy graves las consecuencias provocadas por un conflicto. Pero creo que las más graves tendrá que soportarlas Polonia, puesto que cualquiera que sea el resultado de la guerra, el Estado polaco actual estaría perdido de todos modos. Que por todo esto tuvieran que entrar nuestros pueblos en una guerra sangrienta de aniquilamiento, sería muy doloroso, no sólo para usted, sino también para mí. Pero ya ha advertido que no veo posibilidad alguna de poder influir sobre Polonia de un modo razonable para corregir una situación que el Imperio alemán no puede soportar."

Y tras la victoria fulminante del Ejército alemán en Polonia vinieron las no menos rápidas y arriesgadas de Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia en 1940, y las de Yugoslavia y Grecia en 1941, así como la victoriosa campaña del África del Norte. Al terminar la guerra con Polonia, se reintegró también al Reich el territorio y la población alemana de Memel.

Asimismo en el terreno diplomático debemos señalar otro gran triunfo de Alemania. Un hecho de gran trascendencia para la historia del mundo fué la firma del Pacto Tripartito entre Alemania, Italia y Japón y al que sucesivamente se han adherido otras naciones europeas.

Con motivo del VII aniversario del advenimiento al Poder del nacionalsocialismo, Hitler pronunció un discurso en el famoso Sport-Palast. "Siete años—afirmó—son apenas un segundo en la vida de un pueblo, y a pesar de todo, los siete años que acabamos de pasar son para nosotros como muchos siglos anteriores. En ellos se ha producido un acontecimiento histórico: la resurrección de un país que amenazaba derrumbarse." Seguidamente hizo una historia del desarrollo del nacionalsocialismo, la que a través de estas páginas hemos detallado. Terminó diciendo que todas las medidas militares



adoptadas por Alemania hubieran sido muy diferentes de haberse tenido en cuenta las reivindicaciones y las necesidades de esta nación.

Trascendental importancia en el desarrollo de la actual guerra tuvieron siempre las entrevistas personales de Hitler y Mussolini. Como consecuencia de una de ellas, Italia entró en la guerra al lado de su aliada Alemania, en junio de 1940. A partir de este momento, las armas alemanas e italianas lucharían juntas contra el enemigo común.

Por otra parte, en este mismo año de 1940 la Aviación alemana inició sus mortíferos y audaces ataques contra la industria inglesa y contra la navegación comercial de este país, secundada en esta última labor por la Marina del Reich y por los submarinos alemanes.

El 20 de abril de 1941 cumplió Hitler cincuenta y dos años. La fiesta de su cumpleaños se celebró dentro del marco sencillo de su Cuartel General. Con este motivo, el mariscal Goering declaró:

"Nosotros, los alemanes, al mirar hacia atrás, vemos una ininterrumpida cadena de victorias como sólo un hombre pudo haberlas obtenido, porque no es solamente un hombre de Estado y un estratega, sino el Jefe y hombre de un pueblo. En todos los lugares en que se habla alemán, los corazones están llenos de gratitud y de amor hacia el defensor del honor y de la libertad de Alemania, que sabe garantizar el porvenir del Reich."

Por su parte, el doctor Dietrich, jefe de Prensa del Reich, nos da cuenta de cómo pasó Hitler el día de su cumpleaños: "Este año—relata—se cumple el aniversario del Führer en medio de las grandes decisiones de la campaña de los Balcanes. Hitler pasa esta jornada con sencillez absolutamente militar en su Cuartel General, desde el que dirige las victoriosas operaciones de los ejércitos del Sureste. Desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche, una ola ininterrumpida de noticias militares, políticas, diplomáticas y periodísticas, llega hasta el Cuartel General del Führer, procedentes del mundo entero. El considera su importancia y su relación con los planes de guerra, poseído de un dinamismo creador, y examina en su conjunto todos los acontecimientos, forma su juicio, toma sus decisiones y formula inmediatamente sus órdenes. En esta jornada de su aniversario, Hitler se instala ante la mesa sobre la que se extienden los mapas y sigue, en compañía de sus generales, como todos los días la marcha de sus ejércitos observando atentamente todo movimiento del enemigo para reaccionar con decisiones rápidas y frecuentes, sin dejar nada a la ventura, asegurando el avance victorioso mediante una preparación meticulosa. Una autodisciplina de hierro y una labor dura e incesante son la base de su genio de gran capitán. La certeza de la superioridad del soldado alemán y las incomparables cualidades de sus jefes, le garantizan el éxito. El Führer mantiene constante comunicación personal telefónica con sus jefes del Ejército, quienes, desde sus respectivos puestos de mando, dirigen sus tropas. De esta forma, Hitler lleva a cabo la guerra como mejor le parece."

"Las fuerzas alemanas—afirma el mariscal Keitel dirigiéndose a Hitler—le seguirán victoriosamente allí donde las conduzca." En el día de su cumpleaños, el Führer recibe la felicitación de los representantes del pueblo y de los Ejércitos alemanes. Y con frases emocionadas da las gracias por estas pruebas de cariño y adhesión, y luego estrecha fuertemente las manos de sus consejeros directos.

Al mismo tiempo que gana la guerra para su pueblo, Hitler realiza con gran justicia la tarea de dar a Europa un nuevo orden. Para ello parte de la base de que dentro de cada frontera se deben reunir bajo un solo Estado los individuos pertenecientes a una misma raza, con lo que se evitará la creación de países que en vez de Estados, son una verdadera Babel de idiomas y de razas.

Hitler en la intimidad.

Como es sabido, la residencia oficial del Führer es el magnífico Palacio de la nueva Cancillería, que se alza en una de las avenidas más principales de Berlín. Este es el centro propulsor de la vida política de la nación alemana. Se trata de un majestuoso edificio situado a lo largo de la Wilhelmstrasse. Comenzó a construirse en el año 1939 y quedó terminado totalmente en 1940, en sus amplias y armónicas formas arquitectónicas. Allí tiene su despacho Adolfo Hitler.

El Führer — como sensibilísimo artista que es—se ha interesado personalmente por la construcción de la nueva Cancillería y ha dibujado él mismo muchos motivos de decoración de los suntuosos e imponentes interiores del Palacio. El genial autor de esta grandiosa obra ha sido el profesor Alberto Speer, arquitecto oficial del Reich y actual ministro de Producción y Armamento.

Pero, aparte de esta residencia oficial, Hitler cuenta con su residencia estival. Está situada ésta en la región de Baviera. La villa, de construcción sencilla, se llama "Berghof" y se halla enclavada en Berchtesgaden. Esta aldea, que pertenece al distrito bávaro de igual nombre, se encuentra en la vertiente meridional del Untersberg, a una altura de 511 metros y rodeada de grandes montañas. Sin embargo, Hitler no va allí a descansar. El no conoce la palabra "descanso" desde que tuvo que ganarse el pan por sus propios medios. Se retira a su modesta villa "Berghof" en los días calurosos del verano para poder trabajar mejor entre la brisa de los árboles y de las montañas de los Alpes de Salzburgo. En esta residencia, al igual que en el Palacio de la Cancillería de Berlín, recibe Hitler sus visitas y despacha los asuntos de Estado, así como los militares, en su calidad de Jefe supremo de las Fuerzas Armadas del Reich.

Con frecuencia abandona el Führer estas residencias para trasladarse, desde que comenzó la guerra, a su Cuartel General y a los frentes de batalla. Donde además de planear con el Estado Mayor el desarrollo de las operaciones, visita las trincheras y conversa, como un camarada más, con los

soldados en las mismas trincheras. Y al encontrarse de nuevo en estos lugares de batalla, es seguro que su recuerdo correrá hacia aquellos días en que, al llamamiento de su Patria, se enroló como voluntario en el Ejército alemán; en sus días de permanencia en el frente, cara a la muerte; en sus heridas de guerra y en aquel ascenso a cabo por méritos de guerra.

Y como en los dos años anteriores, Hitler celebró el cincuenta y tres aniversario de su nacimiento sin tomar parte en solemnidad de ninguna clase y pasándolo en su Cuartel General. Por expreso deseo de él, este día, que siempre en Alemania ha revestido caracteres de fiesta nacional, ha sido, como los demás, dedicado al trabajo. Tres cumpleaños han transcurrido ya para este soldado singular—cuya inmensa medida procurará ceñir y valorar la Historia—en los frentes de batalla.

Esta es la vida, la lucha y la obra de Adolfo Hitler, el creador del Tercer Reich alemán. Y como decimos al principio de esta biografía, no es posible comprender la evolución y engrandecimiento de la nación alemana sin estudiar y seguir antes la personalidad del Führer. El, que sabe mejor que ninguno lo que son privaciones y que conoce los horrores de la guerra, lucha por el honor y por la libertad de su pueblo, al mismo tiempo que ha afirmado constantemente su incondicional amor a la paz, sosteniendo también la reconciliación con los enemigos de ayer. Quien considere el camino recorrido por Alemania desde 1933 hasta hoy, ha de sacar la consecuencia que nos encontramos ante un prodigio de una fe profunda e inmovible. En efecto, el Movimiento nacionalsocialista surgió de la inmovible fe en el porvenir de Alemania, que había animado a un desconocido soldado de la guerra mundial; un desconocido que habiendo fundado, con un puñado de compañeros, un partido, a través de años de lucha y de sacrificios llegó, en virtud de su genio y de su incansable actividad, a crear un Movimiento nacional y una nueva Alemania. Hitler, generoso y justo, modelo de suprema abnegación y devoción ante el deber, de lógica irrefutable en sus argumentos; equilibrado y al mismo tiempo resuelto y enérgico en sus resoluciones, siempre dispuesto a compartir con sus colaboradores glorias y sufrimientos; orador fascinante, hijo del pueblo, cuyo corazón palpita por el pueblo, era el destinado para conquistar con ímpetu los corazones de la juventud alemana haciendo de cada uno de sus adeptos un campeón ardiente del ideal común. Hitler, tan sencillo y frugal en su vida privada—no come carne, ni bebe, ni fuma—, es el ídolo de un pueblo que debe a él haber renacido y ascendido, honor y consideración recuperados, y la libertad y el pan, y que con tan ilimitada fe ha puesto su propio porvenir en manos suyas.

La guerra de Rusia.

Merece un capítulo aparte esta guerra, no ya de Alemania, sino de Europa, contra el comunismo. El domingo 22 de junio de 1941 se ponían en marcha las divisiones alemanas, finlandesas y rumanas para eliminar para siempre al mayor de los enemigos de la civilización: el bolchevismo. Ya en su obra *Mi lucha*, Hitler considera que "la destrucción del comunismo es la premisa indispensable para que reine la paz en el mundo". En electo, Rusia ha sido la culpable de todas las guerras y revoluciones que han destruido pueblos enteros, nosotros, los españoles, hemos sufrido las terribles consecuencias de la influencia rusa cerca de nuestros nefastos gobernantes del Frente Popular—, y por eso, a la declaración de guerra hecha por Alemania, Finlandia y Rusia, se sumaron inmediatamente todas las naciones de Europa. España ha enviado al frente del Este lo mejor de su juventud, enrolada voluntariamente en la ya gloriosa División Azul.

En la proclama dirigida a su pueblo, el Führer explicaba las razones que le habían inducido para dar este paso, el más importante, sin duda alguna, de su vida. En ella hace un resumen detallado de las relaciones de Europa con Rusia y del peligro inminente que se cernía sobre nuestro viejo Continente: el de una nueva invasión de los bárbaros, de los Soviets.

Y tras la declaración de guerra se suceden las victorias de las armas antibolcheviques. Mas llega el invierno, y con ello, la paralización, momentánea, claro está, de las operaciones. Los rusos aprovechaban el frío y la nieve para iniciar una ofensiva de proporciones gigantescas y que tiene por finalidad destruir todo el frente alemán. Pero si antes, al comenzar la guerra, los triunfos habían sido fantásticos, ahora, en la defensiva, los soldados alemanes, españoles, rumanos, finlandeses, húngaros, italianos, eslovacos y de otros países europeos escriben las páginas más gloriosas de la historia de esta guerra al contener al coloso bolchevique sobre las heladas estepas rusas. La Historia se encargará de hacer la debida justicia a todos estos héroes que han luchado por salvar a Europa de la barbarie comunista.

Es Hitler quien, en dos magníficos discursos, nos habla de la dureza de este invierno de 1941-42. El

30 de enero del presente año y ante el Reichstag, dice:

"Hoy es 30 de enero. El invierno fué la gran esperanza del enemigo del Este. Esa esperanza no se le logrará. En cuatro meses llegamos casi hasta Moscú y Leningrado. Ya han pasado cuatro meses de invierno en el Norte. El enemigo ha penetrado en algunos puntos unos cuantos kilómetros, y para lograrlo ha sacrificado sangre y vidas humanas en cantidades incalculables. Quizá le sea indiferente esto. Pero dentro de pocas semanas acabará el invierno en el Sur, y luego irá avanzando la primavera hacia el Norte, fundirá los hielos y llegará la hora en que el suelo sea otra vez duro y firme, y en que el soldado alemán pueda operar otra vez sobre él con sus armas, y que afluyan otras nuevas de la Patria. Porque tras ese frente está hoy una Patria alemana digna de él. Hace poco, conociendo que todo lo que se había hecho no podía bastar, ni mucho menos, para proteger a nuestras tropas contra el frío, hice un llamamiento al pueblo alemán—se refiere a la recogida de pieles y abrigos para los soldados—.Ahora quiero darles las gracias. Ese llamamiento era también un plebiscito. ¡Y hablan los demás de democracia! ¡Esa os la verdadera democracia! Estos días se ha visto hasta que punto—y yo lo sé—ha dado mucha gente modesta. En esta ocasión hubo también muchos, muchísimos, a quienes se les hizo duro, y que en otras ocasiones parecía imposible que pudieran desprenderse de sus valiosas pieles. Sin embargo, hoy las han dado, sabiendo que el último soldado vale más que la piel más costosa. Y yo me he cuidado de que no ocurriese como en la guerra mundial, cuando la Patria entregaba cobre, y una Sociedad de suministros de cobre pagaba dividendos del 2.260 por 100; cuando la Patria entregaba cuero, y una Sociedad de elaboración del cuero pagaba dividendos del 2.700 por 100. EL QUE EN EL TERCER REICH SE ENRIQUECE CON LA GUERRA, MUERE. Porque nadie sabe si en el frente no hay un pobre soldado que quizá pueda salvar su vida por un par de guantes, y que pueda quizá evitar la congelación con un chaleco de abrigo que alguien le quita en la Patria. Aquí defenderé los intereses del soldado, y sé que detrás de mí está todo el pueblo alemán. Debemos darnos cuenta exacta de los sacrificios que hacen nuestros soldados. La Patria presiente lo que supone estar a 35, 38, 40 y 42 grados bajo cero, entre nieve y hielo." Y termina este discurso con estas palabras: "Y Vos, Señor, dadnos fuerza para defender nuestra libertad, a nuestro pueblo, a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos; y no sólo a nuestro pueblo alemán, sino también a los demás pueblos de Europa. Porque no hacemos sólo la guerra en beneficio de nuestro pueblo, sino por toda Europa, y por lo tanto, por toda la humanidad civilizada."

Y en el discurso pronunciado con motivo del Día de los Héroes, el Führer afirma:

"La prueba de este terrible invierno ya la han pasado los soldados alemanes y sus aliados mediante sobrehumanos esfuerzos. Acaso dentro de pocos meses pueda decirse si, desde el punto de vista militar, están justificadas las hecatombes bolcheviques; pero desde ahora queda sentado que las hordas soviéticas, que no han logrado con su sacrificio vencer en este invierno a los soldados alemanes y a sus aliados, serán batidas y aniquiladas por nosotros el próximo verano. El coloso bolchevique, del que apenas conocemos ahora toda la crueldad atroz, no hollará con su planta las llanuras florecientes de Europa, sino que habrá de quedar definitivamente apartado de ellas. Esta es nuestra firme voluntad. En este instante representamos todos la grandeza del tiempo que vivimos: un mundo está en vías de reorganización."

Las palabras del Führer se cumplen con la llegada del buen tiempo. Ya están de nuevo en marcha victoriosa los Ejércitos alemanes y aliados que luchan en las inhóspitas tierras de Rusia, dispuestos a asestar el golpe definitivo a las huestes de Stalin.

Y al ser destruido el comunismo, "premisa indispensable para que reine la paz en el mundo", Hitler podrá consagrarse de lleno a la ingente tarea de implantar en Europa el orden nuevo por el que luchan el Ejército alemán y sus aliados.

FIN



MI LUCHA ADOLF HITLER

COLECCIÓN HITLERIANA NUM. 1

"Mein Kampf", el libro que plasma el ideario político del creador del Nacionalsocialismo. Edición en castellano de la facsimil publicada con la autorización del NSDAP en Avila, en 1937.

Incluye una breve historia de la obra, y de sus múltiples ediciones y traducciones a varios idiomas, desde su primera aparición. Portada en color.

375 págs.

500 ptas.



LA LUFTWAFFE

NACIONALSOCIALISTA

EN COMBATE

HERMÁN ADLER

COLECCIÓN HITLERIANA NUM. 2

Amenas narraciones del comandante Adler, veterano en la valerosa lucha sostenida por las Fuerzas Aéreas de la Alemania Nacionalsocialista. A través de su diario de vuelo el lector conocerá las cotidianas vicisitudes del piloto de guerra alemán.

Profusamente ilustrado con abundantes fotografías de los más famosos ases de la aviación y los aviones de combate. Portada en color.

112 págs.

250 ptas.



CON HITLER EN LA LUCHA OTTO DIETRICH

COLECCIÓN HITLERIANA NUM. 4

Importante obra del jefe de Prensa del Reich, Otto Dietrich, que de una forma amena explica al lector la gran tarea de lograr el despertar de Alemania entre la incomprensión de muchos alemanes desinformados y el combate de los medios judíos marxistas y de la Alta Finanza internacional.

Ilustrado. Portada en color.

208 pág.

300 ptas.



LA RESPUESTA A "HOLOCAUSTO"

EL MITO DE LOS SEIS

MILLONES JOAQUÍN BOCHACA

Un decisivo libro que ha irrumpido en los polémicos momentos de la emisión de la serie televisiva "Holocausto". Frente a estas novelas-melodramas llenas de demagogia y confusión, surge esta obra que con sus convincentes afirmaciones y pruebas irrefutables convencerá al lector de la gran mentira que constituye el exterminio de judíos en los campos de concentración.

Lectura obligada para el que quiera opinar al respecto. Fotografías que prueban la falsedad del mito.

184 págs.

400 ptas.